

La doble vida de un seductor imaginario

© Juan Bosco Castilla

Manuel iba enfrascado oyendo las noticias del mundo, como siempre, cuando reparó en que un seat Toledo blanco conducido por una mujer se cruzaba con él regularmente. “Quizá llevemos semanas encontrándonos”, se dijo, porque reconociéndose a sí mismo como el despiste en persona, si había descubierto ese coche en particular no podía ser debido sino a una reiteración continua. Imaginativo, como era, enseguida creyó ver en la coincidencia una complicidad misteriosa que lo conmovió, y si bien en el transcurso del viaje perdió la idea en diversas ocasiones, oyó las noticias sin la sorpresa ni la ansiedad ingenuas con que las escuchaba normalmente y atendió al paso de cada nuevo vehículo por si detectaba en ellos un rostro conocido u otras repeticiones.

No hubo tales. Aunque El Viso y Pozoblanco distan entre sí quince kilómetros, ya le quedaban menos de siete, y en pocos minutos se vio entrando en su pueblo por la calle San Gregorio, con apenas unos pocos coches avistados. En el pequeño barullo del tráfico urbano, Manuel se olvidó del juego. Era viernes.

El lunes se fijó en que la mujer tenía el pelo negro y recortado a la altura de los hombros y conducía con aire seguro y distinguido. “¿Adónde irá?”, pensó. La había encontrado cerca de Pozoblanco, así que los destinos más lógicos eran Añora, Dos Torres, El Viso, Villaralto y Santa Eufemia. Guadalmez y Almadén quedaban demasiado lejos y para otros pueblos de los Pedroches había combinaciones mejores. En la soledad del breve viaje, intentó recordar dónde se habían cruzado otras veces para eliminar algunas posibilidades, pero fue en vano, y antes de darse cuenta estaba parado ante un semáforo, inmerso en un ir y venir de minúsculos pensamientos.

El martes recorrió todo el camino ensimismado en las noticias de la radio y al llegar a su casa sintió un ligero desconcierto que no quiso atribuir a la novedad de un viaje sin tropezarse con aquella mujer. Sólo miró el reloj, y al descubrir que era más temprano de lo habitual, sonrió, como si hubiera encontrado la explicación de algo que no acabó definiéndose.

El viernes de esa misma semana se cruzaron poco antes de Dos Torres. Dado que la desviación para Villaralto se toma en las afueras de esa localidad y aún no había sobrepasado Añora, Manuel pudo descartar de un golpe tres posibles destinos. Para entonces, había concluido que la coincidencia en la carretera se debía a que, como él, aquella mujer era maestra y ambos salían de trabajar al mismo tiempo. Al mediodía, sin embargo, le extrañó no

haberla visto los lunes y los martes por la tarde, que también tenían clase, y en el camino de ida. “Quizá sea profesora de instituto”, pensó finalmente, pues, aunque desconocía las jornadas de trabajo que en tal caso pudiera tener, a ello lo inducían vagamente la hora de los encuentros y un porte que asociaba al de sus compañeras de claustro.

Cada día que pasaba cruzarse con aquel vehículo adquiría más relevancia en su hasta hacía poco anodino desplazamiento. Si al principio empezó a pensar en la mujer al avistar desde lejos la silueta de su coche, pronto salió de El Viso deseando el encuentro y sus novedades. Siguiendo su costumbre, ponía la radio nada más arrancar, pero le prestaba atención a saltos y únicamente a noticias anecdóticas que olvidaba de inmediato cuando recuperaba el trajín de las nimiedades con que ocupaba su mente. “No la he visto dos días seguidos vestida de la misma manera”, por ejemplo. “Igual lleva los mismos pantalones. ¿Usará pantalones con frecuencia? Si tiene unas caderas tremendas, quizá no se ponga pantalones. Puede que algunos muy anchos. Aunque no tiene pinta de tener las caderas más grandes de lo normal”.

Como no la conocía y ni siquiera podía verla por entero, casi siempre acababa echando mano de la imaginación. De esa manera le atribuyó un marido mediocre que no la merecía y dos hijos sanos de cuya educación, en ausencia de su marido, que se pasaba las horas muertas en los bares, era la única responsable.

Fue así como la vio en una casa antigua y limpia, corrigiendo libretas o exámenes a la luz de una cristalera que daba a un patio de pueblo, con arriates y macetas, donde jugaban en alegre algarabía sus hijos con otros niños de la vecindad y a donde miraba de vez en cuando mientras esbozaba una sonrisa tierna y serena. Y fue así como le atribuyó un cuerpo, que para hacer más real quiso concebir corriente, ni muy hermoso ni muy feo, al que dio la edad de treinta y cinco años, que vio vestido con prendas íntimas de encajes suaves y desnudo en trances aparentemente de la vida diaria, como entrar en la ducha o levantarse de la cama, y que supuso dotado de un ardor al que desde hacía tiempo no atendía su marido y cuya insatisfacción le había generado algunos altibajos en el carácter.

Durante varias semanas, Manuel se limitó a pensar en la mujer en el recorrido entre El Viso y Pozoblanco. Con la misma contundencia que si cerrara un libro, en cuanto se sumergía en el devenir de lo cotidiano perdía por completo las imaginaciones con que se ocupaba en el camino, que no recuperaba hasta subirse en el coche para volver del trabajo a su piso. Sólo en muy contadas ocasiones se acordó de ella en otra situación, y cuando lo hizo fue con la distancia que en la certidumbre de la realidad se recuerdan las impresiones de los sueños.

Fuera de la carretera, en aquella primera etapa apenas un par de veces la evocó con verdadero interés. Una, en la sala de

profesores de su colegio. Algunos compañeros hablaban de la dificultad para coger plaza en Pozoblanco. Él recordó de inmediato a la misteriosa viajera y, venciendo la cautela morbosa con que la guardaba en su mente, aprovechó un lance de la conversación para preguntarles si una maestra de El Viso no trabajaba en Pozoblanco. No supieron contestarle. “Lo digo porque todos los días me cruzo con un coche conducido por una mujer y me he preguntado si no sería una compañera”, añadió, para satisfacer una supuesta curiosidad de los demás. Como notó que se azoraba, cogió el periódico de encima de la mesa, salió del grupo y repasó las hojas sin enterarse de nada, con el mismo disgusto que si hubiera abierto la ventana de un desliz secreto.

La otra tuvo relación con su familia. Llevaba días irritado sin motivo alguno. “Tienes las nubes metidas en el cuerpo”, le había dicho Justina, su mujer. Ante una controversia baladí, explotó finalmente en una bronca que llenó de crueldad verbal el aire de la sala. Justina se refugió en la sumisión y el silencio, como otras veces. Ante esa respuesta, Manuel, compadecido, siempre había pedido perdón a su manera, con rodeos justificadores que encubrían el allanamiento de fondo, pero en esta ocasión la rendición callada le pareció una estrategia cobarde. “Aquí está la suave”, dijo con retintín, y se fue a la calle dando un portazo que estremeció la estructura del bloque de pisos. Afuera era de noche y llovía despacio. En un solitario bar del

centro se tomó una cerveza, y luego otra, mientras el camarero y él veían la televisión apoyados cada uno a un lado de la barra, sin hablar, como dos vagabundos atrapados en un cuchitril por un aguacero. Al cabo de media hora tenía la impresión de haber soportado días enteros de abandono, porque él era el ofendido y desamparado. Pagó con monedas que sonaron sobre el mostrador con una alegría inoportuna. “¿Quiere que le deje un paraguas?”, le preguntó el camarero. Aunque había arreciado la lluvia, él no podía volver sin al menos una señal de martirio y rechazó el ofrecimiento con alguna excusa torpe. Llegó a su casa empapado. Sus dos hijos, que cenaban ante la atenta mirada de la madre, se rieron al verlo entrar con aquella pinta de loco salido de una piscina. Él atravesó la sala sin decir ni media palabra y se metió en su habitación, dejando por el piso un reguero de agua que Justina se apresuró a recoger con una fregona. “Niños, no os riáis de vuestro padre”, oyó decir desde su habitación. Las risas cesaron, pero en cuanto regresó al salón, en pijama y bata, peinado y seco, hubo un conato de regocijo que la madre cortó de plano con un severo siseo. Comió en la cocina un poco salchichón con pan y una naranja y se acostó, sin dar las buenas noches ni despedirse de nadie. En la cama, pensó en Justina, tan inculta y tan modosita, la perfecta esposa y madre, que decían sus amigos, ya que no podían alabar su carácter o su sabiduría, y creyó que enamorarse de ella había sido un error de adolescencia con el que debería cargar toda

su vida. Luego pensó que su destino hubiera sido distinto de haber conocido antes a la mujer del seat Toledo blanco, y se imaginó viviendo con ella en tantas situaciones concretas como dieron de sí las casi tres horas que estuvo despierto.

A la mañana siguiente encontró el desayuno encima de la mesa de la cocina, como todos los días. En las habitaciones de los niños se oía una bulla alegre. Estaba tan avergonzado por lo ocurrido, que no tuvo fuerzas para disculparse y se fue a trabajar sin decir adiós. A la vuelta, al tropezarse con el seat Toledo, miró al horizonte, como quien vuelve la vista ante el paso de un viejo amor que en el presente resulta comprometido.

El tiempo necesario para olvidar este incidente (no más de tres o cuatro días) y un fin de semana añadido fue lo que tardó en recobrar la curiosidad por la mujer de la carretera. Lo hizo además con los nuevos bríos que suelen infundir las reconciliaciones. Incluso llegó a despertársele la inquietud de escritor, que tenía dormida desde sus años de estudiante de magisterio en Córdoba, cuando el agobio de los exámenes y la nostalgia de Justina, de la que era novio desde el bachiller, le producían depresiones que por aquel entonces confundía con el clamor melódico de las musas. Y todo porque en el transcurso de sus desplazamientos a El Viso bosquejó un cuento inspirado en sus inicios en la realidad: un hombre y una mujer se cruzaban periódicamente en una carretera escasamente transitada. No se

conocían ni se habían visto nunca. Primero uno y luego el otro (el orden no importaba), repararon en la coincidencia. Un día uno de los dos desvió la mirada y comprobó que era correspondido. Otro día uno de los dos saludó con la mano y recibió por respuesta un saludo. Uno se preguntaba por el otro, imaginándolo lleno de los encantos que le faltaban a su pareja. Como las imágenes no podían confrontarse con su realidad, los personajes ideados no sólo se mantenían puros, sino que ganaban con los desalientos y los desastres de quien los creaba. Poco a poco en las vidas de los dos el único referente digno de vivirse llegó a ser el momento del encuentro. Finalmente, sorprendido en una curva o en un cambio de rasante por la aparición del otro, uno cualquiera de los dos perdía el control del coche al intentar saludar y chocaban frontalmente, con el resultado de que ambos morían. Antes, sin embargo, sus ojos se habían encontrado en un instante más valioso que muchos años de existencia mediocre. Se habían matado sin llegar siquiera a conocer sus nombres.

Aunque no pensó en más cuentos ni en más historias, el desarrollo mental que hacía de ésta y su original resolución fueron suficientes para creerse a sí mismo capaz de desentrañar, con poca paciencia que tuviera, los secretos de la naturaleza humana, a la que plasmaría sobre el papel en finos hilos azules (escribiría a mano, por supuesto, como Cervantes), relatando hechos concretos de vidas pequeñas, por ser en lo cotidiano

donde, junto a la poesía, se halla la auténtica épica, y no en las hazañas grandilocuentes de los héroes.

A pesar de todo, después que se decidió a sentarse a escribir, tardó en hacerlo, pues dado que las tres habitaciones de la casa estaban ocupadas (“debíamos haber tenido dos niños o dos niñas o haber comprado un piso con una habitación más, total, puestos a pagar hipotecas, lo mismo da ocho que ochenta”, le dijo a Justina sin darle más explicaciones), no tenía un lugar para la intimidad, y en la sala había permanentemente un ruido de muchachos, y cuando se acostaban los muchachos, de televisión, aparte de que a aquellas alturas de la jornada estaba cansado y la presencia de alguien, aunque fuera su mujer y estuviera callada, le impedía el sosiego necesario para la labor creadora, como pudo comprobar una noche que, tras apagar el aparato con la excusa de realizar un trabajo para la escuela, cogió papel y bolígrafo decidido a reiniciar, por fin, el arduo camino de la literatura. Sólo después de mascullar muchas quejas se determinó a levantarse una hora antes para aprovechar el silencio y la clarividencia de la madrugada. En aquel primer intento, sin embargo, entre los cinco minutos de tregua que se dio tras sonar el despertador, que finalmente fueron diez, otros diez que tardó en prepararse un café y beberse y los veinte que de costumbre Justina salía de cama antes que él para ir preparando desayunos y levantando muchachos, apenas le quedó media hora limpia, tiempo a todas

luces insuficiente, que aumentó en los días sucesivos a costa de sueño y, en consecuencia, de lucidez, de manera que después de una semana de sacrificios no había escrito más que once renglones. Para sortear lo que creía un bloqueo mental, pensó dejar reposar el cuento durante un plazo corto y dedicarse mientras tanto a transcribir al papel lo primero que le saliera del alma, como hacía en sus tiempos de estudiante, labor que necesitaba menos de la técnica que de la sensibilidad y más conocimiento de uno mismo que de los semejantes. Lo que resultó fue una suerte de añoranza de la niñez, más sensiblera que sensible, plasmada en un par de páginas repletas de las evocaciones fáciles o manidas que la naturaleza había producido en el alma noble (la suya) de un natural de Pozoblanco a lo largo de un supuesto paseo por los alrededores de su pueblo. Quedó tan liberado del sentimiento, y tan a gusto con el resultado, que después de leerlo y releerlo varias veces se creyó capaz de redactar cualquier cosa. “Escriba o no, soy un escritor”, se dijo satisfecho, porque creía que la literatura, como las demás artes, formaban parte de las personas desde el instante en que empezaban a desarrollarse los genes en el claustro materno. Aquella aseveración existencial, que le daba la cualidad de escritor aunque como tal no ejerciera, fue suficiente para abandonar de golpe los sacrificios de la creación. Ni siquiera intentó proseguir con el cuento que desde su punto de vista había

dejado inconcluso, presto para ser rematado a poco que se lo propusiera. A partir de ese descubrimiento se paseó por el mundo con la indolencia crítica de los artistas y como si fuera portador de una suerte de estigma que producía admiración y respeto.

Ya no le hacía falta ser muy guapo, ni tener mucho dinero, ni derrochar simpatía, ni poseer una inteligencia superdotada, ni ostentar cargos de relevancia, porque todos esos triunfos eran vanidad pura, bajezas de humanos, y nada tenían que ver con la gratificadora carga de la creación, el don con que los dioses honran a quienes consideran sus iguales. Su condición de creador lo dignificó sobre todo a los ojos de la mujer de la carretera. Ahora podía cruzarse con ella disminuyendo la velocidad y mirándola directamente a la cara, sin temor a quedar deslumbrado por su belleza, su inteligencia o su seguridad. Llegó a tener la ilusión mágica e infantil de poder comunicarle ese halo creador a través del espacio en el segundo en que ambos coches se cruzaban. No era más que ilusión, desde luego, y de sobra conocía la imposibilidad de exhibir sus facultades divinas de aquella manera, pero se comportaba como si fuera posible, conduciendo en aquel tris con la misma actitud altanera de quien en una reunión de pobres luce un traje italiano.

Hasta varios días después de mandar el escrito al boletín de Pozoblanco no se le sosegó un poco la soberbia. Sólo entonces admitió realmente que aunque la mujer podía haber

reparado en él, no había descubierto en absoluto sus singularidades artísticas, con lo que a todos los efectos seguía siendo a sus ojos uno más de los varios individuos que periódicamente se cruzaban con ella en la carretera. Esta reflexión lo llevó a fijarse en la relación entre el mundo y los artistas. Tras indagar brevemente en su memoria, formuló la hipótesis de que la mayoría de ellos buscaban en su aspecto exterior o en su forma de hablar o comportarse una señal de distinción, Para comprobarla, estuvo un par de días atento a la lectura de algunos diarios y a las noticias de la radio y la televisión, al cabo de los cuales dio por confirmada su teoría sin más comprobaciones ni más trámite: barbas, bigotes, cabellera larga o al cero, blusones llamativos, corbatas estridentes, gafas pequeñas y redondas, bastones, sombreros, gorritas, relojes de bolsillo, un dedo en los labios, peinarse con la raya en medio, jugar con un bolígrafo barato, enseñar a cada momento la palma de la mano, fruncir el ceño, fumar con boquilla, lucir un broche grandioso, decir cada tres frases una tontería y hablar recitando o como si lo hicieran desde el interior de un cántaro, entre otras. Ciertamente que en algunos artistas no pudo apreciar originalidad exterior, pero esa falla era sólo aparente, pues quienes así obraban buscaban la distinción abusando de la normalidad en un medio donde lo corriente era lo extraordinario.

Durante algunos días estuvo probando extravagancias

pequeñas. Primero se cambió el reloj de muñeca, y como a pesar de mirárselo muchas veces, particularmente en la sala de profesores, nadie le dijo nada, intentó luego aumentar la curiosidad poniéndose la esfera hacia abajo. El resultado fue el mismo, y ni siquiera su mujer le hizo comentario alguno. Después se compró una pluma estilográfica muy cara y de mucho postín. Un compañero reparó en ella cuando una gran mancha de tinta se hizo visible en el bolsillo de su camisa, donde la tenía colocada para mayor lustre y ostentación. Justina tuvo que tirar la camisa y él, para no dar pie a comedillas jocosas, guardó la pluma en el cajón de la mesilla de noche, junto con los puros que le regalaban en las bodas y la diminuta radio en la que oía programas deportivos hasta quedarse dormido. En un último intento, dio en comprar pastillitas de regaliz. En cualquier sitio y a cualquier hora sacaba la cajita y ofrecía, provocando alborotos limitados con los que disfrutaba tanto como si se trataran de minúsculos baños de multitudes.

Pero aquella señal de distinción no producía efecto alguno en relación con la mujer de la carretera. Consciente de ello, por fin se decidió a llamar su atención poniéndose una vieja gorra azul de marinero que se había comprado en un pueblo del norte, durante su viaje de novios. En las afueras de El Viso, la sacó de la guantera y se la puso. Tras cada encuentro con otro vehículo, sobre todo si en él viajaba gente conocida, dudaba si quitarse la

gorra o no, pues tenía cortedad de que lo vieran con un atuendo tan insólito, difícilmente disculpable en un escritor aficionado que seguía viviendo en su pueblo de nacimiento. “Pensarán que la llevo para el sol”, se dijo finalmente. Sin embargo, en cuanto se cruzó con el seat Toledo blanco, se la quitó y la guardó en la guantera, y al día siguiente no se la puso sino hasta que vio aparecer el coche por el horizonte.

Con todo, fue la última ocasión. Ocurrió que inmediatamente detrás del seat Toledo venía el renault 5 del hermano de Justina y, a pesar de la gorra, por las horas y por el vehículo, su cuñado lo reconoció. La vergüenza le produjo entonces una explosión de lucidez. “¡Seré tonto!”, se dijo en voz alta. E inmediatamente se aplicó a inventar una excusa con la que justificar el uso de tan particular prenda con idéntico vigor que si se tratara de rebatir la prueba de un adulterio. Lo que más le preocupaba era la cercana presencia de la mujer de la carretera en el instante de cruzarse con su cuñado. Pensando en ella, cuando su cuñado o Justina le preguntaran por la gorra, seguramente se pondría colorado. Quizá hasta tartamudeara, y la excusa preparada no haría sino aumentar una sospecha que, tratándose de relaciones entre hombres y mujeres, había de conducir cualquier lógica hacia la infidelidad. De nada serviría en ese caso alegar inocencia. “Quizá no me hayas puesto los cuernos en la cama, pero desde el momento en que no te la borras de la cabeza ya me estás

engañando: los hombres os creéis que sólo se puede ser infiel con el sexo”, le diría Justina sin referirse a nadie en concreto.

Para evitar los inconvenientes de actuar a la defensiva, se le ocurrió trivializar los hechos declarándolos él mismo en toda su simpleza. Por eso entró en su casa con la gorra puesta, y bromeó con los niños llamándolos grumetes de poca monta y marineros de agua dulce, y dijo a voces que recogieran velas, y que levaran anclas, y al abordaje, mis valientes, y se puso una mano en un ojo como si fuera un pirata tuerto y con la otra simuló que peleaba con un sinfín de enemigos, a quienes hacía cosquillas en la barriga con la punta del sable. “Soy el capitán Gorra Azul”, dijo al percatarse de la presencia de Justina, que lo miraba extrañada y complacida. “¿Se puede saber a qué viene sacar ahora esa reliquia?”, le preguntó ella. “Me la dejé olvidada en el coche el sábado pasado, al volver del campo”.

En cuanto cesó el juego, Manuel supo que estaba a salvo. Aliviado, se quitó la gorra y la guardó en el cajón del mismo armario donde había permanecido olvidada durante años, y si no la tiró fue porque con ello hubiera generado algunas preguntas difíciles de responder.

Consideró aquel pequeño incidente como un aviso. Y eso que ni siquiera había cometido un acto mínimamente reprochable. ¿Qué hubiera ocurrido si de verdad su cuñado lo encuentra con las pruebas de un desliz? La respuesta lo atormentó

tanto que por mucho que se puso en el lugar de otros no pudo comprender cómo había personas capaces de asumir los riesgos del adulterio: él nunca cometería estupideces de ese tipo, ni parecidas siquiera.

No hallarse en las difíciles circunstancias del adúltero le pareció de pronto la liberación de un mal que nunca tuvo, igual que si, tras unos análisis, el médico le hubiera descartado la sombra de una enfermedad incurable. Pensaba en la mujer de la carretera, era verdad, pero con pensamientos totalmente asépticos que dejaban las cosas en su sitio y eran, dado el escaso tiempo transcurrido, de todo punto inevitables. Aun así, por muy limpios que fueran, aquella misma tarde su insistencia empezó a resultarle tentadora. Manuel supuso que eran los restos de una batalla ganada y no le dio más mínima importancia, aunque creyó oportuno no dejarlos reposar en silencio, lo que hubiera sido tanto como darles alas. Con el ánimo de exterminarlos mediante la distracción, resolvió salir a dar un paseo, algo de lo que no tenía costumbre. Anduvo por distintas calles de su barrio en dirección al centro, a donde llegó con la sonería del reloj del ayuntamiento dando las cinco. Estuvo a punto de tomar la calle Jesús arriba para ir hasta la ermita de San Gregorio, pero contestando al reclamo de los escaparates y picado por la bullanga tomó la calle Mayor. A aquellas horas, el público no era excesivo. Algunos dependientes estaban asomados a la puerta de sus establecimientos para

disfrutar del sol y la temperatura extrañamente alta para un mes como diciembre. Recorrió el primer tramo relajado, mirando de refilón los anuncios de las tiendas y los rostros inquietos de los forasteros. Se sintió tan bien, que llegó a pensar en dar a diario un paseo, como hacía el grupo de amigos jubilados de su padre.

Todo iba estupendamente hasta que por la calle Demetrio Bautista vio venir a Rafael Viñas, de quien había sido compañero de curso en los salesianos y de fatigas en la mili. Llevaba echado el brazo sobre el hombro de una mujer más alta que él, rubia y muy vistosa. Manuel había oído decir recientemente que se había divorciado. Justina y él fueron a Madrid a su boda, más a pasar unos días de vacaciones en la capital, donde Rafael Viñas trabajaba desde muy joven, que a cumplir con una amistad que nunca pasó de algunos recuerdos compartidos. Desde entonces, los dos amigos, solos o con sus mujeres, se habían limitado a intercambiar un saludo tras verse por casualidad durante las estancias de Rafael en Pozoblanco o, como mucho, a tomar algunas cervezas y hablar de los viejos tiempos, que suele ser el tema único de quienes, si un día compartieron confidencias, en el presente nada tienen que decirse.

Manuel hizo como que no lo había visto. Pero Rafael Viñas lo llamó según venía, desde el nivel que trazan la casa de los Castillas y el estudio de arquitectura de José Luis Amor, y a él no le quedó otro remedio que hacerse el sorprendido y pararse

sonriente y un punto avergonzado por atraerse la mirada de los transeúntes. “Un íntimo desde la infancia. Teresa, mi novia”, los presentó Rafael. Mientras tomaban café en el bar Las Palmeras, hablaron de lo de siempre de un modo artificialmente nostálgico, rondando lo anodino. Al despedirse, ante la insistencia de su amigo, Manuel prometió visitarlo cuando fuera a Madrid, al nuevo domicilio reseñado en la tarjeta de visita que con aparente interés aceptó poco antes de estrecharle efusivamente la mano.

Manuel recuperó ofuscado el curso de la calle Mayor. La libertad de Rafael Viñas le dolía en el alma. “En Madrid la vida es más fácil”, se dijo, sin saber exactamente a qué estaba refiriéndose. Y, sin embargo, la imagen de la rubia no se le iba de la cabeza. “Tentaciones vienen en todas partes, pero de nada sirven si no existen facilidades para consumarlas”, pensó más adelante, imaginándose él también, ¿por qué no?, en la ocasión de que otra mujer se cruzaba en su camino, la conductora del seat Toledo blanco, por ejemplo. Se imaginó que iba por la calle echándole el brazo por encima del hombro y que la gente pasaba a su alrededor como si tal cosa. Que veía a Justina paseando con los niños y que su novia y él se paraban a darles besos a los críos. El rostro de Justina no perdería la compostura alegre, aunque él sabía que tras aquel gesto gozoso estaba vivo el amor de adolescencia, ahora contenido en el exterior por el pudor de la derrota. Manuel se compadecía de ella, nada más, porque no podía atender a tantas

demandas de amor. “¡Qué más quisiera yo que poder amarlas a todas!”, pensaba.

En el tramo último del paseo de la Estación algunas madres habían sacado a sus hijos a retozar aprovechando el sol y la buena temperatura. Eran seis mujeres jóvenes que hablaban entre sí en dos grupos, de los que a veces se separaba alguna para ir a recoger a un niño que se había caído o montar a otro en un artilugio del parque infantil. Mientras se acercaba, Manuel las persiguió con una mirada golosa y obscena. A aquellas alturas de la vida le gustaban las mujeres experimentadas y de formas rotundas, y si estaban casadas, mejor. Esa última apreciación, de la que no se había dado cuenta hasta entonces, le pareció tan morbosa como exquisita, casi un signo de madurez.

Por el placer de espiarlas, compró una revista en el quiosco que hay junto a la entrada del hospital Comarcal y, parapetado tras ella, se sentó en un banco, a escasos metros de las mujeres. Desde allí podía oír la conversación que se mantenía en uno de los grupos. Hablaban de sus maridos con desilusión y crudeza. Al parecer, el de una era directivo del club de baloncesto y periódicamente la dejaba sola por las noches con los niños. Los de las otras pasaban todo el día trabajando y cuando llegaban a casa a las tantas no tenían cuerpo más que para plantarse delante de la televisión. Según pudo entender, las tres mujeres de ese grupo trabajaban fuera de su casa, y una dijo ser de la asociación

de padres de alumnos del colegio de su hijo, lo que no le impedía dejar acostados a sus hijos cada vez que debía asistir a una reunión.

Oyéndolas quejarse, se sintió solidario con ellas. Él, que nunca había pertenecido a asociación alguna y estaba en su casa al pie del cañón casi todas las tardes y absolutamente todas las noches, se creyó capaz de ser un consuelo para las desdichas de aquellas mujeres. Ganas le dieron de levantarse y confesárselo. “Hay otro tipo de hombres”, podía decirles. “Personas sensibles que disfrutan viendo felices a sus mujeres, que no tienen más afición que el hogar ni más ambiciones que las del alma”. Las miró de reojo, como un espía. Le gustaban todas, las tres del grupo más cercano, las otras dos que hablaban un poco más lejos y otra que ayudaba a un niño a dejarse caer por un tobogán. Ya se veía dándoles consuelo. Incluso imaginó que, sin dejar de hablar, aquellas mujeres lo miraban de soslayo, cada una a espaldas de las demás, deseándolo para amante con una pasión incontrolable. “No os preocupéis, que habrá para todas”, murmuró entre dientes. Porque viéndolas tan bien hechas se supo capaz no sólo de conformarles las intranquilidades del espíritu, sino los desasosiegos del cuerpo, por virulentos e incendiarios que fueran.

A eso de las seis, las mujeres empezaron a llamar a los niños. Manuel enrolló la revista bajo el brazo y echó a andar antes que ellas con un aire pretendidamente intelectual de paseante

solitario, tan ridículo como un adolescente que hiciera ostentación de una habilidad deportiva ante un grupito de muchachas. Mientras estuvo en el parque no relajó las apariencias, pero en cuanto salió de él se abandonó a la desazón que le había venido de golpe, como un acceso violento. Por no llegar tan pronto a su casa, tomó de nuevo la calle Mayor, pasó por delante del ayuntamiento y cogió la calle Feria arriba. Cerca del paseo de Los Llanos se dio cuenta de que empezaba a hacer frío. El sol se había echado. Por la cuesta de la Mina de los Alemanes los coches bajaban con las luces encendidas. Giró a la derecha, hacia la plaza de toros. “Yo he nacido para amante, no para marido. Por eso me gustan todas las mujeres menos la mía. Y no porque sea Justina, precisamente. Me pasaría lo mismo con otra cualquiera, incluyendo a la mujer de la carretera”, pensó. Y pensó que soltero y con su sueldo podía pegarse la vida padre. Todo el día de un lado para otro, de una cama a otra, como un don Juan funcionario, sin *ferraris* ni viajes al extranjero, pero con bastantes caprichitos y fines de semana en hoteles de mediano fuste.

Llegó a su casa pasmado de frío, ya bien de noche. Como después de unos minutos de permanecer al amparo del brasero siguió tiritando, Justina le puso la mano en la frente y le diagnosticó unas décimas de fiebre. “Callad, que vuestro padre está malo y no tiene ganas de tonterías”, dijo a los niños, que llevaban toda la tarde peleándose. Manuel maldijo la

insensibilidad de su mujer por no percibir que sus dolencias verdaderas eran más del alma que del cuerpo, a pesar de lo cual aceptó, aunque sin agradecerlo, el vaso de leche caliente con coñac y la aspirina que Justina le trajo para remedio de todos sus males.

“Mañana no vayas a trabajar”, le dijo Justina cuando Manuel dejó el sillón para acostarse. “Tú todo lo solucionas con el no ir a trabajar”, contestó él con rencor, como culpándola de sus desgracias. Fue decirlo y percatarse de lo injusto que había sido, pero no pidió perdón, sino que aplacó la conciencia salvando el yerro con sus propios dolores. Sólo hizo una mínima concesión al decir: “Bueno, ya veremos cómo amanezco”.

Amaneció sin fiebre, según le dijo Justina. A pesar de lo cual se fue a trabajar con el mismo talante que si la tuviera, como un profesional cumplidor hasta el exceso o un esclavo. “Estoy enfermo”, repitió varias veces a sus compañeros a lo largo de la mañana poniendo cara de circunstancias. Y se lo dijo a sus alumnos: “No deis mucha guerra hoy que estoy enfermo y voy a hacer pocas concesiones”. Al salir de la escuela se metió en el coche felizmente apesadumbrado. Tenía la sensación tangible de que la mujer de la carretera descubriría su enfermedad en el mínimo instante de cruzarse con él. “Es una tisis”, le decía en sus imaginaciones, porque le parecía un mal de escritores románticos y muy apropiado para captar compasiones de corazones duros y

amores de almas sensibles.

Casi a mitad de camino entre El Viso y Dos Torres le asaltó la idea de que aquella mujer podía intuir también sus devaneos con otras. Ciertamente que hasta entonces no había tenido aventura alguna y que era imposible mirar dentro de nuestras mentes, pero eso no le impedía tener el sentimiento de haber engañado a la mujer del seat Toledo al desear a las madres del paseo de la Estación. Le dieron ganas de pedirle disculpas, y se le ocurrieron excusas con frases perfectamente hilvanadas. “Los hombres eran polígamos antes de domesticarlos la sociedad”, por ejemplo. O: “Aunque tú misma has podido comprobar que yo soy muy hombre, no te preocupes, nunca me arriesgaría a perderte”. Hasta llegó a murmurar “lo siento, maldita sea, lo siento”. Y cuando, pasado Dos Torres, vio venir un coche blanco, se puso nerviosísimo, como si de verdad tuviera necesidad de disimular tras la comisión de una acción execrable.

Poco después desaparecía el vehículo en el retrovisor y él se reía de sí mismo y de la fuerza de sus imaginaciones. “Se nota que soy escritor. A veces me pierdo mi propia potencia creativa”, se dijo aliviado, incluso contento por haber interpretado tan positivamente aquel pánico inútil. “Pues debo aprender a controlarla”, añadió. Porque en aquel momento recordó que el loco protagonista de la película “El resplandor” era un escritor sometido a las fuerzas destructoras de la soledad y la imaginación.

Superar aquella prueba le devolvió la vitalidad de los mejores días. A una pregunta de Justina interesándose por su salud, contestó echando mano de la memoria, como si sus quejas recientes pertenecieran a una mañana de hacía muchos años. Durante la comida hizo un cumplido al peinado de su mujer y en vez de darles dos voces a sus hijos, que se peleaban al lado de la mesa, los separó y les dio un pequeño sermón utilizando lo último en pedagogía. Es más, cuando a la nada sus hijos volvieron a rodar por el suelo, hizo gala de una paciencia tan extraordinaria que los niños se separaron por sí mismos, seguramente con la creencia de que aquella anomalía era peligrosa y acabaría en una explosión de golpes.

Esa tarde, después de dormirse un rato en el sillón, salió de su casa. Por la calle corría un vientecillo frío y molesto. Echó a andar sin reconocer propósitos ni destino concreto, a pesar de lo cual enfiló directamente hacia el paseo de la Estación, adonde llegó en cuestión de diez minutos, preso por la ansiedad de quien se arrepiente de haber buscado la ocasión de una tentación insuperable. En lo alto del paseo no había más que un abuelo llevando de la mano a un niño de unos cinco años. No estaban las madres, ni las del día anterior ni otras, y esa ausencia imprevista le produjo a un tiempo decepción y alivio. Todavía con tantas esperanzas como miedo, miró inútilmente en el bar del Centro de Convivencia. Cruzó luego por delante del hospital Comarcal para

buscarlas en el inmediato parque Aurelio Teno, donde tampoco las encontró. Entonces no obtuvo alivio, sólo decepción. Con paso rápido desanduvo el camino un centenar de metros y cogió el paseo de la Herradura. Estaba irritado con las madres del día anterior, como si hubieran faltado a una cita convenida con mucha formalidad. Es más, mientras bajaba por la avenida Villanueva de Córdoba hizo extensivo el enfado a todas las mujeres. “Si no fuera por lo buenas que están...”, se dijo frente a la clínica de Juan Elías Calero. Aunque enseguida supuso que la mujer de la carretera se hubiera sentido ofendida con esa opinión generalizada, injusta e insensible, y añadió: “A pesar de todo, las amamos”.

Recobrar el recuerdo de aquella mujer le dio seguridad en sí mismo. A su amparo, podía considerarse un igual entre la gente con que se cruzaba, si no algo superior. Ellos tendrían un coche lujoso, un chalé con piscina en los alrededores del pueblo, una empresa con muchos empleados, serían notarios o registradores o cardiólogos, o muy altos y muy guapos, y qué, un espíritu aventurero como el suyo para nada quería esas menudencias. ¿Quién podía presumir, en cambio, de tener una doble vida?

Entró en el bar Los Godos a tomarse un café. En la barra había siete u ocho hombres, unos pocos hablando entre sí de la sequía y los demás mirando a la calle o a la televisión con el aire perdido de los forasteros. Por su cara y sus modales, todos le

parecieron personas corrientes, de vidas lineales, contentos con las cuatro chucherías que el destino reparte entre los mediocres. Viéndolos tan felices, se enorgulleció de su propio dolor: de pronto le pareció que sus penas existenciales lo elevaban a una humanidad más semejante a la condición divina. Estaba contento con su propia infelicidad. Le parecía, además, que con una moderada aura triste, innata en los verdaderos intelectuales, podía obtener resultados mundanos inmediatos, la admiración de las mujeres, por ejemplo, mucho más rentable al fin que la pura belleza física. Y si no, ahí estaban los numerosos casos de artistas añosos emparejados con jóvenes devotas de su obra.

Ahora, que quien lleva una rica actividad interior está sometido a los embates de la compleja naturaleza humana. Eso es lo malo, que, como se debe ser consecuente, se ha de actuar con todas las consecuencias, pasando por encima de los prejuicios, cueste lo que cueste. Y así, en cuanto se acaba el amor, se acaba la relación, sin brusquedades ni más trámite que una despedida sencilla y evocadora de bellas vivencias compartidas y un sincero deseo de felicidad. Por contra, las ventajas son evidentes: la principal, la libertad para todo. Y más si uno es artista, ya que en ese caso se tiene a la belleza como una permanente obsesión, deseable para la génesis creadora y, por tanto, disculpable, lo que hace del autor un galán de lo hermoso y, paradigmáticamente, de la hermosura femenina. Está claro que para ello resulta

imprescindible contar con una pareja comprensiva y de similar vida interior. No era el caso de Justina, la pobre.

Tras estas razones, dio en pensar de nuevo en la mujer de la carretera. Ella sí que estaba preparada para la actividad interior, a su lado sí que podría realizarse como persona y como artista. La imaginaba, por ejemplo, alabando su gusto por las madres del paseo de la Estación. “Cualquiera que no tuviera tu sensibilidad creería que esta afición mía por la belleza es una degeneración, cuando la verdadera impureza está en quien al abrir los ojos no es capaz de sorprenderse con las maravillas del mundo”, le diría agradecido. La situación de amantes a que estaban condenados por la presión de sus familias y la incapacidad de Justina para soportar una separación los uniría todavía más, pues el secreto forzado, como adversidad que es, incrementa deseos, estrecha lazos y disculpa malentendidos.

Pero en el trajín de la calle, el obligado sigilo le pareció una carga menos soportable. ¿Por qué no andar como esa pareja que iba abrazada delante de él? ¿Por qué no hacer ostentación ante sus amigos de su espíritu conquistador? El recuerdo de Rafael Viñas y su novia apareciendo sonrientes por la calle Demetrio Bautista acabó de hundirle el ánimo. “En Madrid, cualquiera. Allí vivir es más fácil”, se dijo. “Nadie me conocería, las familias vivirían lejos y a Justina no le resultaría imposible rehacer su vida con una persona de su condición simple, porque en

una ciudad tan grande hay gente para todo”. En Pozoblanco era difícil hasta tener amante, y más para personas maduras, que no tienen las coyunturas adaptadas a las estrecheces del coche ni el ánimo dispuesto para los sobresaltos de los caminos. “En Madrid se pueden tener fácilmente varias amantes a la vez”, pensó. Más aún, había que ser muy tonto o de estrechos principios religiosos para no tener por lo menos un par de amantes en una ciudad como ésa. Y enseguida se imaginó arrendatario de un apartamento fino donde llevar una a una a todas las madres del paseo de la Estación. Como el sexo tenía más que ver con la belleza que con el amor, de vivir en Madrid esa promiscuidad la mantendría ya unido sentimentalmente (que no casado: no iba a cometer dos veces el mismo error) a la mujer de la carretera, a manera de pequeña licencia, siempre disculpable en los artistas, y aunque para ello tuviera que mentirle, claro. Ella, qué duda cabe, se pondría en lo peor, pues conocía perfectamente las flaquezas y el éxito de su compañero. “Tú, que te has enamorado de mí, debes comprender como nadie que todas las mujeres me amen”, le diría ante sus sospechas. Y si lo cogía con las manos en la masa o descubría una prueba irrefutable, razonaría de la siguiente manera: “Me pierden la sensibilidad y la belleza, no el amor, que, como sabes, lo tengo reservado para ti”. Como lo amaba ciegamente, igual que un forofu futbolístico ama a su club, podía engañarla cuanto quisiera, que ella seguiría besándole humildemente la mano.

Los meteorólogos previeron lluvias en toda la península Ibérica para aquel fin de semana, pero como si una maldición bíblica hubiera apartado a Los Pedroches de los mapas del tiempo, tampoco llovió en esta ocasión. Las nubes se limitaron a amagar con una neblina espesa que estuvo parada en el aire desde la noche del viernes al sábado al mediodía del domingo, que levantó habiendo dejado en los pluviómetros dos litros por metro cuadrado.

Manuel pasó los dos días recluso en su casa, como la mayoría del vecindario, leyendo el periódico y viendo en la televisión retransmisiones deportivas. Durante aquellas horas de encierro no se enfadó con las voces ni con las peleas ni con las carreras de sus hijos, sino que les aconsejó con buenas palabras mesura y morigeración, demostrando una paciencia más propia de abuelo bondadoso que de padre. “Pareces otro. ¿Tienes problemas en el trabajo?”, le preguntó Justina el domingo por la tarde, pues de sobra sabía que los maridos son como los niños: si no andan por ahí dando guerra, o están enfermos o les pasa algo. “No, es que me he descubierto lo estúpido que es tomarse todo a la tremenda para cuatro días que vamos a vivir”, contestó él. Lo que dicho de esa manera, de pronto y sin venir a cuento, fue para Justina prueba palpable de que por la mente de Manuel andaban rondando rarezas, quizá sin saberlo él siquiera, y pensamientos enrevesados nunca habían conducido en su casa a conclusión

provechosa. No dio respuesta, sin embargo. Se calló, haciendo como discreta, porque sabía que las locuras de los hombres las aplaca el silencio y las avivan las quejas de las mujeres. Si había de echar el freno, habría mejor ocasión que aquella.

El sosiego de Manuel provenía de la felicidad de su vida secreta y, a la vez, de la necesidad de disimularla: aún no era amante de aquella mujer, pero a fuerza de pensar en ella la sentía tan próxima y veía tan cercano el hecho de serlo que en cierto modo lo era ya, y esos pensamientos y deseos ni podían contarse al cónyuge ni dejarlos entrever con enfados sin sentido, que serían como darle pistas a quien no necesita de indicios ningunos para ponerse en lo peor. Trabajo no le iba costar, pues se sentía contento y capaz de aguantar en firme los peores golpes del destino.

La confianza en sí mismo y en las perspectivas de su recién nacida relación lo impulsaron de una vez por todas a saludar con un ligero movimiento de la mano a la mujer de la carretera en el preciso momento de cruzarse sus coches. No recibió contestación, pero le pareció descubrir en ella un gesto de sorpresa que fue suficiente para creerse correspondido. “La tengo en el bote”, se dijo satisfecho.

Durante los días que siguieron Manuel continuó saludándola con la mano. Ella lo miraba con ojos interrogantes que se quedaban pasmados una décima de segundo sobre los

suyos mientras él aguantaba la mirada como señal de connivencia y para seguir con el juego de seducción. Así una vez y otra, hasta que, por fin, en uno de tantos cruces, la mujer levantó tímidamente los dedos sin separar la palma del volante.

“¿Tantas ganas tenías de vacaciones?”, le preguntó Justina ese mediodía al verlo entrar eufórico. “Tantas”, le contestó él, con la sonrisa ajada de pronto, porque aquellas palabras de bienvenida le acababan de descubrir que no volvería a ver a la mujer de la carretera hasta después de Reyes. Aquello ocurrió un martes.

El miércoles, Manuel se quitó el jersey gordo que le había hecho Justina y se colocó otro fino que tenía por más elegante, se puso unos pantalones nuevos, se lustró los zapatos y se enfundó el abrigo bueno para ir a ver pasar a la mujer de la carretera camino de El Viso. Y lo hizo con tiempo, de modo que bastante antes de la hora supuesta estaba parado en la ancha acera de la calle San Gregorio, justo enfrente de la ermita, con un periódico, que había comprado para fingir cierto aire intelectual, debajo del brazo, pues no podía repasar las hojas sin quitarse los guantes y hacía un frío de perros.

En cuanto llevó quieto un par de minutos, se imaginó que llamaba la atención. “Con esta helada cualquiera que me vea aquí plantado pensará que estoy loco”, se dijo, e imaginó una excusa para defenderse de esos pensamientos inoportunos.

“También pueden pensar que estoy esperando a alguien para que me lleve a Añora, por ejemplo”. Y como pasaba el rato y seguía inmóvil, imaginó que pensaban: “Dirán que tardan en recogerme”. Y más tarde, al descubrir que a algunos viandantes les había dado tiempo de ir y volver de sus quehaceres: “Estarán pensando que quien me citó se ha burlado de mí”.

Ya imaginaba a medio pueblo riéndose de él a sus espaldas cuando vio venir a un compañero suyo, con plaza en el mismo Pozoblanco, que le hacía ostentosas señales de sorpresa y regocijo. A Manuel le caían mal ese tipo de personas que no paran de contar chistes, repiten las mismas gracias y parecen incansables en las chanzas y las bromas. Las consideraba de fondo insulso, informales, de poco fiar y, a la postre, aburridos y cargantes. Entre la absoluta seriedad y la diversión permanente había un término medio en el que creía militar, donde se tiene una ocurrencia de tarde en tarde y se cuenta un chiste si viene a pelo. No era el caso de su amigo, cuya fama de cómico se extendía por el pueblo. A Manuel le disgustaba verlo por la calle, porque se reía de su responsabilidad, se cachondeaba como si tal cosa de su aspecto contrito y le recordaba anécdotas sangrantes de la adolescencia, como la de cuando fueron con unos amigos a cazar gamusinos a un cortijo de La Jara y a él lo tuvieron toda la noche con un saco abierto tras un agujero de la pared de la cerca. Que lo encontrara allí detenido en una atmósfera de tanto pasmo era un bocado

añadido para la segura burla del gracioso. Pero no quedaba más remedio que aguantar el chaparrón de la mejor manera posible.

Para salvar en lo posible su dignidad, quiso adelantarse a la obligada pregunta de su compañero y, con la inseguridad de quien ha sido pillado en un desliz inexcusable, balbuceó: “A éste se le ha olvidado recogerme. ¡Y está el tiempo como para aguantar mucho a la intemperie!”. Su compañero, que traía el frío metido en los huesos, no quiso entretenerse en mitad de la calle. Lo agarró del brazo y lo entró en un bar que hay al lado, donde pidió una copa de coñac para él y otra para su amigo. Manuel no bebía coñac más que mezclado con leche cuando tenía fiebre, pero como no se sentía seguro en la mentira, no quiso contrariarlo y se lo bebió aguantando los ascos mientras oía las anécdotas y los chascarrillos, los últimos chistes de la televisión y las bromas que su compañero le contaba a buen paso, seguramente con la misma afición que los había contado poco antes a otro u otros. Manuel rió por piedad y para no delatarse, pero en cuanto se despidieron se quedó descansando y con el rencor a punto de convertirse en insultos y groserías.

Al final no sabía si el seat Toledo había pasado o no: tanto sacrificio en los prolegómenos para que en el momento culminante la aparición de aquel payaso lo estropeará todo. Se fue la calle San Gregorio abajo hundido por el peso de la derrota y durante toda la jornada tuvo el mal cuerpo de los amantes

frustrados.

Debió publicarse su artículo en el boletín de Pozoblanco para que olvidara el detalle del frío pasado y el mal trago de la conversación con su compañero. Ver su edificante escrito en letra impresa le produjo la sensación del bajito que de repente ha crecido una cuarta. Andando por la calle tenía la impresión de que todos habían leído el artículo, unos, los menos, porque lo saludaban y le daban la enhorabuena por su buena prosa y su buen tino y otros, los más, porque lo miraban con envidia y hablaban de él a su paso. Sólo los ignorantes lo ignoraban y sólo lo criticaban los resentidos de la vida.

La publicación del artículo ahondó todavía más su relación con la mujer de la carretera. No dejaba de pensar que lo había leído y se había enamorado del desconocido escritor como quien se enamora perdidamente de un artista inalcanzable o de la voz del presentador de una remota emisora de radio. Imaginó decenas de encuentros fortuitos donde, tras unos momentos de incertidumbre, ella reconocía en la seductora personalidad de su colega el genio de una gloria de las letras. “Me siento tan a gusto con usted que es como si lo hubiera conocido desde siempre”, le diría poco menos que derritiéndose. “Quizá no me conozca a mí pero conozca mi alma, que desnudo públicamente en mis escritos”, contestaría él forzado por las circunstancias, porque no le gustaba nada hablar de sí mismo.

La contradicción entre la realidad, de la que era plenamente consciente, y su imaginación, lo llevaron a buscar ocasiones que obligaran al destino a adaptar el futuro a sus deseos. Fue así como se encontró caminando por la calle San Gregorio a la hora en que solía salir de trabajar. La bonanza del día era la razón manifiesta, pero la de fondo era lucirse delante de la mujer de la carretera, si bien ésta última, aun llegando a cuajar en su conocimiento, no se atrevía a admitirla por parecerle vana ostentación de adolescentes. Por eso iba calle arriba con la vergüenza de lo ridículo, no por ella, sino por todos los demás, y por eso, sin embargo, no podía sustraerse a la atracción de ponerse ante su vista, con toda su poderosa seducción al descubierto y apuntando directamente a los ojos de –ya podía decirlo con total certeza– la que era su única amada.

Llegó a la ermita y siguió caminando por la acera que discurre dejando la calzada a la izquierda y a la derecha el pequeño jardín donde en otros tiempos ponían la feria de San Gregorio. Cuando oía el ruido de un coche, se paraba y miraba al frente como si fuera a cruzar al otro lado. “Si me ve, pensará que voy a la Guizuela”, se dijo. Y le pareció bien, pues, aunque la fuente de la Guizuela estaba muy abandonada y al camino daban un buen número de naves industriales, hacía muchos años que no pasaba por allí y creía que el paisaje existía como lo guardaba en la memoria, con el mismo halo bucólico que dan el campo verde y

la niñez juntos, perfecto para espíritus soñadores y románticos como el suyo. “Y si no, pensará que voy a coger el camino de Dos Torres”. Y éste, que salía a la derecha sin tener que cruzar la carretera, sí que lo conocía bien, sobre todo desde que lo arregló la Mancomunidad de la Comarca de los Pedroches, porque a veces cogía la bicicleta y desde el paseo de la estación tomaba la ruta de la antigua vía del tren hasta llegar a la caseta en ruinas y el eucalipto seco (esa visión tétrica que pintó con colores claros Antonio Pulido y que tanto le llamaba la atención), donde se desviaba para seguir por él hasta el yacimiento arqueológico de La Losilla o aún más lejos.

Se volvió al llegar a la vieja subestación eléctrica de Industrias Pecuarias, en las últimas lindes del pueblo. Ahora el seat Toledo blanco le vendría de frente y la mujer podría verlo en toda su gracia. Al pasar a su lado le diría adiós con un ligero gesto de la mano y una sonrisa melancólica, por si ella no acertaba a descubrir quién era aquel hombre de aspecto tan común y, al mismo tiempo, tan irresistible aire seductor, como de galán de película en blanco y negro. “Es él, el hombre con el que me cruzo todos los días, por fin puedo verlo de cuerpo entero. Me lo había imaginado menos gallardo. Está visto que el destino se empeña en unirnos, y ¿quién se atreve a contrariar al dios de la necesidad, cuando además hay de por medio un deseo y es para bien?”, pensaría al reconocerlo.

Pero como llegó otra vez a la ermita sin haberse cruzado con el seat Toledo blanco, para no hundirse construyó en su lugar otras imaginaciones sobre las que apoyar nuevas certezas favorables. “Mejor”, se dijo finalmente en el cruce con la avenida Villanueva de Córdoba. “Si no viene es porque está de vacaciones: así sé que es maestra o profesora de secundaria, y eso nos da más posibilidades de conocernos y de intimar”.

Durante los días siguientes maduró un plan para ponerse en contacto con ella que no era sino un amasijo de deseos y algunas iniciativas de dudosa eficacia, como apuntarse a todos los cursillos que salieran o preguntar a conocidos de colegios e institutos de la zona. Tenía tantas ganas de ponerlo en práctica y, sobre todo, de encontrarla de nuevo, que donde quiera que iba decía aburrirse en vacaciones y aprovechaba la menor posibilidad para mostrarse crítico con la mayoría de los docentes, porque ellos, y no los políticos, tenían la culpa de no buscarle ocupación a tantos días derrochados. “Cursos de reciclado, eso tendrían que proponer los sindicatos. ¿No sacan las editoriales apéndices a las enciclopedias?, pues para nosotros debería ser igual”, decía. No en vano había imaginado que la misteriosa mujer y él coincidían en uno de esos cursos celebrados en un colegio mayor, en una facultad o en cualquier otro sitio de una ciudad cosmopolita y libre. Ella lo reconocía y se acercaba a saludarlo. Al rato de estar hablando, ambos se daban cuenta de que estaban hechos el uno

para el otro y esa misma noche se amaban desafortadamente en una pequeña habitación con muchas flores y visillos de tonos pálidos. “Debemos hacer algo para darle permanencia a esta locura”, le susurraba la mujer de la carretera a su oído. “Matémonos”, le sugería henchida de deseo. “Cerremos la puerta y dejemos que el tiempo y el amor nos consuman poco a poco”.

El día que se reanudaban las clases se levantó de la cama de un optimismo exagerado, casi enfermizo. A lo largo de la mañana mostró con los alumnos la infinita paciencia de un profesor novel, que pudo mantener porque los niños, desacostumbrados a tanta liberalidad, lo tomaron como una trampa para cazar gamberros y bajo el signo del miedo guardaron el mismo respeto de siempre. A la vista de los resultados positivos, en cuanto estuvo en la sala de profesores Manuel hizo apostolado de la tolerancia y la mano izquierda en el uso de la correcta autoridad. “Lo que les falta a algunos es vocación para aguantar a los muchachos”, dijo. “Lo que yo digo: si no sirven para esta profesión, que se pongan a trabajar en otra cosa, que para algo servirán”.

Los compañeros se callaron por no mandarlo a hacer puñetas, pero él pensó que había aplastado con razones su oposición, y eso, unido al don de la autoridad natural que había sentido al gobernar a los niños, le hicieron creerse poseedor de un gran carisma para el trato de gentes y capacidad para asumir las

mayores responsabilidades políticas, la alcaldía de su pueblo, por ejemplo. Mientras iniciaba el camino de vuelta a su casa, se puso a cavilar la posibilidad de presentarse a las elecciones. Si lo hacía, no sería en las listas de un partido político, pues ni le gustaba la ideología de ninguno ni quería mancharse con el lodo de la corrupción, sino por libre. Como no sabía de candidaturas ni de leyes e informarse en el ayuntamiento de su pueblo hubiera sido darle pistas al enemigo, pensó preguntarle al secretario del ayuntamiento de Pedroche, que también era natural de Pozoblanco, con quien había intercambiado algunas palabras en un campeonato de ajedrez celebrado en el Ateneo de Estudiantes.

Enseguida imaginó una respuesta positiva, y de momento le vinieron a la cabeza los nombres de cuatro o cinco notables del pueblo, empresarios y profesionales de prestigio, que, entusiasmados con la idea de limpiar de una vez por todas el terreno político de políticos para llenarlo con gente del pueblo, aceptaban de inmediato la idea de seguirlo en una lista de salvación municipal, quizá el primer paso en la formación de un partido cuyo programa tuviera como líneas maestras la libertad, la honradez y la eficacia, liderado por él, desde luego, y al que paulatinamente se unirían las cabezas más lúcidas y los corazones más generosos de España y aun de Europa.

En poco más de cinco minutos había trazado un plan para limpiar el mundo de cochambre. A partir de entonces pudo

pensar en la mujer de la carretera desde la posición de líder en puertas de un gran movimiento liberador. “Si algo me duele de esta batalla incruenta, es no tener tiempo para escribir”, le diría.

De repente, le vino la necesidad imperiosa de contactar con ella. ¿Cómo, si no, iba a contarle todo lo que pensaba? ¿Para qué ilusionarse con un encuentro en un curso imposible? La autoestima creciente lo impelía a cualquier tipo de solución, por arriesgada o absurda que pudiera parecer. Le daban ganas de cruzar su coche en mitad de la carretera con un derrape de película y cuando saliera asustada y furiosa bajarse él y decirle: “Mira, nena, soy Manuel, liberador del espíritu humano por el buen gobierno y la literatura, y te quiero, qué pasa, no encontraba mejor forma de hacértelo saber, porque no conozco tu dirección, ni tu nombre siquiera”. Pero no sabía derrapar, y aunque hubiera sabido, comprendía que estaba en Los Pedroches, no en Hollywood, y que esas formas no serían bien interpretadas en una comarca de habitantes laboriosos y tranquilos, por muy liberal y cosmopolita que fuera la mujer de la carretera.

La imposibilidad de hacerse notar le quemaba las entrañas como si se hubiera tragado un ascua con las dimensiones de un puño. Y las sensaciones de impotencia conducen en los seres valerosos a comportamientos arriesgados, o, al menos, esa fue la razón que se dio después para explicar el cambio de actitud. Lo cierto es que, tras cruzarse con ella poco antes de llegar a

Añora, se metió en las calles de esta localidad para dar la vuelta y seguirla. “Ahora o nunca”, se dijo mientras apretaba los dientes y el acelerador.

A la altura del cruce de Dos Torres tuvo el seat Toledo a la vista. "Esto es una locura", pensó entonces, recobrando de pronto todo el poder de lo razonable. Le dieron tentaciones de volverse, pero, vencido el primer impulso, siguió adelante con esa inquietud gozosa de quien va a cometer un pecado saludable.

A los dos o tres kilómetros un camión se puso entre ambos y creyó que la perdía. Lo adelantó casi de cualquier modo y aceleró hasta colocarse a unos cien metros de su coche. El corazón le bombeaba sangre desde la boca. Intentó tranquilizarse, pero no pudo, y enseguida le vino con el desasosiego la creencia terrible de hallarse en una posición de inferioridad: ella era guapa, inteligente y simpática y él era un ser feo y tímido: ¿de qué le valía todo su talento literario y su clarividencia política si no podía mostrarlos inmediatamente, como se muestran unos ojos grandes o un cuerpo musculoso? Lo que deseaba de verdad era ser atractivo a primera vista: más valía una impresión fuerte al principio que cien trabajados galanteos, estaba claro. Atractivo, simpático y con sus potencias espirituales, ninguna mujer se le habría resistido.

El creer perdida la batalla, aun sin haberla comenzado, lo relajó: nada podía ponerse peor de lo que estaba. Quizá por eso

siguió adelante.

Con el ánimo vencido, pero vivo y libre el pensamiento, llegaron a El Viso. “Como imaginaba, no es de Santa Eufemia”, pensó al ver que cruzaba la carretera de Almadén y continuaba de frente. Subió la cuesta de la calle Santa Ana tras la estela del seat Toledo blanco. Desde un poco más allá del bar El Brillante vio que sobrepasaba la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Encarnación y giraba a la derecha para coger la calle La Fuente. La siguió apurando un punto la velocidad, no fuera a perderla por los vericuetos del pueblo. Así que al volver la esquina y encontrase el coche parado detrás de un furgón que descargaba bultos en el comercio de Paco Santos, la frenada fue de las que dejan goma en el suelo y hacen chirriar las ruedas.

El operario de la empresa de transporte le hizo ostentosos gestos de reproche, pero Manuel ni siquiera lo miró: la mujer de la carretera, sorprendida, había vuelto la cabeza y él había podido gozar en su verdadero esplendor del rostro más deslumbrante que pueda imaginarse. Se quedó como ido, con las manos aferradas al volante y la expresión alucinada de quien ha visto a dos pasos el fantasma del hombre a quien ha asesinado. Cuando quiso darse cuenta, el furgón se había orillado un poco y el seat Toledo no estaba. “Vamos, que no ha sido para tanto”, le dijo entre risas el descargador, creyendo que la conmoción tenía origen en el frenazo y en el susto. Él titubeó y, finalmente, sin

haberse liberado por completo del vahído, siguió adelante. Cruzó calles, tomó curvas, frenó y aceleró con el pensamiento perdido en ideas sin causa ni forma. No se percató de nada hasta que a lo lejos vio a una mujer bajándose de un coche blanco. Aceleró, primero, y, luego, en cuanto tuvo la certeza de que era ella, piso el freno y aparcó a la derecha. Quizá no fuera demasiado alta, ni demasiado esbelta, ni muy sofisticada, pero a él le pareció que era todo eso y en grado sumo. Es más, las carnes que parecerían sobrantes a la mayoría, fueron en sus ojos, además de apretadas, señal de lustre y una invocación violenta a la lujuria.

Un niño de unos doce años vino corriendo desde el fondo de la calle y abrazó a la mujer, que lo había esperado en la acera con los brazos abiertos. “¡Juan Carlos!”, exclamó Manuel: había descubierto la identidad del niño con el ímpetu y la imprevisión de un escopetazo. Era uno de sus alumnos. “El Sevillano”, le decían los compañeros, porque su familia había venido a El Viso procedente de Écija. Poco más sabía de él, salvo el aspecto estrictamente académico, en el que no destacaba ni por bueno ni por malo, y que jugaba muy bien al fútbol.

La mujer y el niño entraron en una casa con dinteles de granito y paredes blancas, similar a las del resto de la calle. Después de un par de minutos de permanecer absorto, arrancó el coche. Las imágenes de lo vivido ocupaban en exclusiva su mente como una niebla densa y oscura que le impedía pensar en otra

cosa y, sin embargo, no le dejaba ver la trascendencia de sus descubrimientos.

Llegó a su piso queriendo aparentar una normalidad imposible. “Estás que no hay quien te aguante”, le dijo Justina al poco rato, pues, aunque no llegó a enfadarse, a todo contestó con acritud, incluso cuando su hijo fue a enseñarle su libreta de caligrafías. “Es que hoy he tenido una mañana horrible”, se disculpó él de mala gana.

Hasta el día siguiente no riñó más, pero en venganza no habló tampoco, ni siquiera para despedirse. Camino del trabajo sintió el alejamiento de la familia como una liberación. Ahora el ambiente más acogedor era el propio vehículo en movimiento. Se encontraba tan cómodo al volante que hubiera sido capaz de hacer cientos y cientos de kilómetros sin parar siempre que fuera para alejarse de su casa.

Al llegar a El Viso tuvo una emoción más mágica y misteriosa que de lejanía, como si se hubiera movido por el tiempo más que por el espacio, o, mejor, como si hubiera saltado de una vida a otra, eso es, como si al bajar del coche hubiera pisado el terreno donde se desarrollaba su segunda vida. A partir de entonces la imagen de la mujer de la carretera se le haría presente de una forma continua, pero no en su cabeza, sino a su lado, como un santo aparecido que sólo él pudiera ver: entraron codo con codo en el colegio, se sentó al final de la clase en una

silla que debió imaginarse porque las de los niños eran demasiado pequeñas, lo acompañó a la sala de profesores y salieron juntos del edificio.

Durante esas horas actuó en función de su compañera imaginaria, por halagarla, sobrecogerla y lucirse: le cedió el paso al cruzar la puerta de la clase, habló buscando palabras tan apropiadas para niños que llamaran la atención de los mayores, especialmente cuando se dirigía a Juan Carlos, con quien no quiso tener trato de favor, miró atrás a cada rato en busca de una sonrisa aquiescente y dialogó con los profesores presumiendo de su nueva mujer. Naturalmente él sabía que todo era ficticio, pero sus actos, aun siendo racionales, estaban condicionados sobremanera por su imaginación, por mucho que al exterior parecieran comunes y sólo un espíritu sumamente sutil e intuitivo hubiera sido capaz de adivinar que tras aquel comportamiento se escondían rarezas cuyo origen último debía buscarse en las locuras del amor.

Al salir de la escuela perdió de su lado la imagen de la mujer. Ahora también estaría a punto de salir del trabajo, pero no en una escuela, pues la madre de Juan Carlos no era maestra, sino en otro sitio, pensó. Ante un desconocimiento tan grande, se lamentó de no haber utilizado al niño para hacer averiguaciones de la madre. Lo haría mañana. A partir de ahí condujo escudriñando posibles maneras de sacarle información que no llegaron a cuajar porque la proximidad real de la mujer lo ponía nervioso. Entre

Dos Torres y Añora se cruzó con el seat Toledo blanco y volvió al redil de su otra vida, la primera, la oficial.

Ahogado por el rencor, en su casa habló lo imprescindible. Aquella tarde ni siquiera echó siesta en el sillón. Se levantó todavía con la mesa puesta y, tras esbozar un ininteligible “me voy por ahí a tomar un café”, salió de su casa. Todavía eran las horas del almuerzo. En busca de un local abierto, llegó a la estación de autobuses. Siete u ocho personas hacían tiempo en la barra de la cafetería. Aunque su intención era pedir un café, en el último momento, casi sin querer, pidió una copa de brandy. Unos cinco minutos después llegó un autocar. Los viajeros entraron cargados de bolsos y maletas, sonriendo y rompiendo el ruido de la televisión con sus pasos, despedidas y saludos. Viéndolos tan animados, Manuel los creyó satisfechos con su destino y se sintió desgraciado. Apuró la copa y salió decidido a volver a su casa para acostarse y dormirse hasta la mañana siguiente.

Si no lo hizo, fue porque el trayecto era largo y mientras andaba recuperó la emoción de su otra vida. Poco antes de llegar, cogió el coche, sin saber aún que lo hacía para ir a El Viso. De hecho durante algunos kilómetros estuvo en la duda de si volverse o no, y sólo se decidió a llegar cuando encontró una excusa que justificara su presencia en aquel pueblo si era descubierto por algún conocido. “He venido a ver el

entrenamiento del baloncesto. Algunos muchachos de mi clase están entre los mejores”, les diría.

Lo irrefutable de la justificación y la cercanía de la mujer de la carretera le dieron alas para, primero, remontar el desánimo y, luego, aproximarse al cielo de la euforia. Como no recordaba exactamente dónde vivía, determinó seguir el periplo del día anterior, de modo que subió por la cuesta de Santa Ana, dobló hacia la calle La Fuente y se paró en la puerta del comercio de Paco Santos. Desde ahí, por no recordar referencias, exploró concienzudamente todo el barrio, que es de calles largas y rectas, hasta que dio con el seat Toledo blanco.

Aparcó a una distancia prudente. No bajó del coche, por creerlo mejor escondite para las impertinencias de los conocidos. No tenía un plan ni sabía qué hacer, pero estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario para verla o, aún más, para vigilar quién entraba y quién salía de su casa. Los minutos se fueron acumulando sin fatigarlo. En una ocasión entró una señora mayor y él pensó: “Será su suegra”. En otra salió Juan Carlos para jugar con varios niños calle abajo. Ya anochecido, aparcó un coche del que bajó un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años y Juan Carlos vino corriendo a darle un beso. Ambos entraron juntos en la casa. Manuel pensó: “Será su marido”. Durante algunos minutos estuvo explorando a través de los indicios de su físico la magnitud y forma de su espíritu. Como

era alto y fuerte y seguramente guapo y atractivo, le pareció que también sería engreído, y que había debido tener bastante éxito con mujeres superficiales hasta dar con ésta, a la que conquistó más por un error de mocedad de ella que por los méritos de él, pues durante un período de su vida las mujeres son más proclives a las trazas y las palabras lisonjeras que a todas las virtudes del alma.

Imaginó para la mujer una existencia de sacrificio al lado de aquel guaperas vano y frívolo que la engañaba con jovencitas fáciles y no la valoraba en lo que de verdad valía. Ella no se merecía una carga así. Sobre todo habiendo hombres como él, corrientes en lo físico, pero sensibles y enamorados, que lo dan todo porque son felices con la persona amada, sin ser por ello endebles, ni modositos, ni menos hombres que los más machotes. E inmediatamente pensó que él sí la hubiera hecho feliz, y que haciéndola feliz hubiera sido el hombre más dichoso del mundo. “Ella es desgraciada por tenerlo a él y yo desgraciado por no tenerla a ella, que viene a ser casi lo mismo”, se dijo, porque a su juicio parecía indudable que era en el amor del otro donde habían de tener remedio sus desventuradas existencias.

Estos pensamientos crecieron en su mente como monstruos, arrollando en su camino todas las razones que le salieron al paso. Después de una hora, tenía el alma tan comida por el odio como por el amor y estaba al borde la irrealidad. De

haberse encontrado en aquel momento con oposición, hubiera llegado al asesinato, seguro. Pero por esos caprichos del azar, ocurrió lo mejor que podía ocurrirle. Y fue que al cabo vio salir a Juan Carlos y tras él a la mujer de la carretera empujando un cochecito de bebé. Enseguida tomaron en sentido contrario al de donde estaba aparcado. “Esta es la mía”, se dijo con una resolución casi desesperada. Arrancó el coche y, marcha atrás, fue hasta el siguiente cruce, en el que dobló a la derecha para seguir después de frente por las calles que le daban la vuelta a la manzana. Su intención era hacerse el encontradizo, pero a pie, a cara descubierta y con todas las consecuencias, de modo que aparcó poco antes de la esquina y se apeó.

No le dio tiempo ni de ponerse nervioso. En cuanto giró, la vio venir hacia él, a no más de diez o doce metros. “Juan Carlos, ¿vas de paseo?”, le dijo a su alumno mientras le daba unas palmadas afectuosas en el hombro. Ella lo saludó con un “buenas tardes” y una sonrisa que Manuel, para no deslumbrarse, no se atrevió a mirar en toda grandeza. “¿No le dices nada a tu profesor?”, añadió la mujer, con una voz firme y angelical, como de locutora de radio. El niño miraba al suelo sin decir nada. “Juan Carlos es más hombre de acción que de palabras, ¿no es verdad?”, dijo él para remediar el silencio. Ella no dejaba de sonreír. “¿Cómo va?, ¿hay algún problema?”, le preguntó. Él se quedó un instante mirándola a los ojos, con más afán de seducirla que de

gozarlos. “Bien, muy bien. Es un niño juguetón y responsable”, dijo. “De todas formas, pásese por la escuela cualquier día y hablemos más detenidamente, si quiere. Hay facetas de cada niño de las que me gustaría hablar con sus padres”. La mujer contestó que sí, que pasaría, y ahí quedó todo.

Manuel le dio la vuelta a la manzana henchido de alegría. Se había mostrado sensible y con carácter. Y la frase con que se refirió al niño le había salido genial: juguetón y responsable. O lo que es igual: alegre y trabajador, ¿qué mejor forma de enfrentarse a la vida desde pequeños? Además no había tenido que presentarse. Seguramente lo conocía de alguna reunión del colegio, pero en ese caso, ¿cómo no había reparado en aquella mujer, si destacaría entre una legión de modelos? Estaría medio escondida entre la gente y se iría al comenzar el coloquio. No había otra explicación. Bueno, no importaba, lo más difícil estaba andado: lo conocía, Juan Carlos le iría contando anécdotas del profesor y ella, como madre responsable, investigaría las actitudes, el carácter y las formas de quien tenía sobre su hijo un deber de tanto peso. Así habría descubierto sus dones para la creación y la política, quizá hasta su insatisfacción vital, esa pequeña amargura propia de intelectuales.

Con tantas coincidencias como venían sucediéndose parecía que hubiera una maquinación del destino para ponerlos en contacto y unirlos. No sería él quien alterara el orden marcado por

la providencia. Al contrario, le ayudaría. Seguramente el dios de la necesidad no contaba con su fina intuición, con la creencia de que el conocimiento de los interesados afecta negativamente a los planes que han sido trazados para ellos. En su caso el conocimiento iba más allá, no sólo para darse cuenta del plan, sino de sus recovecos y perplejidades.

Por supuesto que no creía en el poder irresistible del destino. Pero contar con muchos elementos del azar a su favor le hacía ser más optimista. Incluso pensó que, si bien era difícil todavía, en cualquier momento podía presentarse la ocasión propicia para que uno u otro declararan su amor y, aún más, para consumarlo como ha mandado la naturaleza que se haga entre hombres y mujeres maduros. Si por ventura ocurría eso, debía estar preparado, pues no hay peor falta ante la pareja y ante uno mismo que no poder llegar hasta el final por no disponer de medios que eviten consecuencias indeseadas.

No había que darle más vueltas: en sus circunstancias era obligatorio disponer en el coche de una caja de preservativos. Como le ocurría siempre, había pasado de la carencia absoluta al apremio en cuestión de minutos: debía comprarlos y pronto. ¿Pero en qué farmacia hacerlo sin levantar sospechas? En Pozoblanco no, estaba claro: ¿y si entraba un conocido al pedirlos o al dárselos el dependiente? ¿No cabía la posibilidad de que, tratándose de la cosa más natural del mundo, el conocido en

cuestión le formulara alguna pregunta cuya respuesta por fuerza habría de ser mentira, con lo comprometedor que resulta no ajustarse a la verdad? Nada: sería donde no lo conociera nadie.

Ganas le dieron de comprarlos en Dos Torres, tales eran sus urgencias, pero en esa localidad y en la vecina de Añora tenía familiares y compañeros de la escuela. Lo mejor era apartarse de su ruta habitual. En Villaralto, por ejemplo, que le cogía cerca y no lo conocía nadie.

Así que al llegar al cruce de las afueras de Dos Torres tomó la carretera de la derecha, que acaba en Villaralto tras cruzar la nacional 502. Manuel fue sosegado algunos kilómetros. Luego, conforme se acercaba a su objetivo, empezó a asociar el que lo vieran mientras compraba preservativos a su utilización, y su utilización a que lo descubrieran utilizándolos, y que lo descubrieran utilizándolos a la bronca infame de Justina, a las risitas de sus compañeros, a que lo sacaban en las coplillas del carnaval y, finalmente, pensó que la mujer de la carretera debía abandonar la comarca porque no podía resistir el sarcasmo de la gente. No era imposible que ocurriera lo primero de todo eso en Villaralto, que estaba fuera de las rutas principales de los Pedroches. ¿Quién es este insensato que viene desde tan lejos a comprar aquí esto, como para que nadie lo conozca?, se preguntarían. Harían indagaciones y finalmente descubrirían su identidad y lo que venía después. Era mejor otro pueblo ubicado

en una ruta principal, donde el farmacéutico o los clientes lo creyeran un viajero de paso sorprendido por una urgencia y no se hicieran más preguntas.

Aunque Alcaracejos estaba ubicado en el cruce de carreteras más importante de los Pedroches, tenía conocidos en este pueblo y su misma situación estratégica hacía posible la presencia en la farmacia de gente de Pozoblanco. Iría un poco más allá. Villanueva del Duque, sin embargo, estaba tan cerca de Alcaracejos, que Manuel sintió al llegar la misma angustia invencible. Determinado a comprarlos, ya tuviera que llegar a Cabeza del Buey o, incluso, a Castuera, siguió adelante. El próximo pueblo era Fuente la Lancha, seguramente el ideal para sus pretensiones, pensó, pues era pequeño, gran parte de su vida giraba alrededor de la carretera y no conocía a nadie ni, que supiera, nadie lo conocía a él.

Preguntó en el bar que le cogió más a mano, donde carraspeó con aspereza y tosió varias veces simulando una urgencia distinta. “En la calle Virgen de Guía”, le dijeron. “En la acera de la izquierda, varias casas antes de llegar a la plaza de la Iglesia”. Los cuatro parroquianos y el camarero se asomaron a la puerta para iluminarle el camino con referencias visuales y muchas indicaciones de manos. “Si ve que le va a costar trabajo, voy yo con usted, que no tengo nada que hacer”, se ofreció uno de ellos. Manuel quiso responder con un insulto, pero se controló,

aunque con mucho trabajo y a costa de dejarse el cuerpo como con ganas de bronca.

El pequeño incidente le había dejado en el pensamiento la sospecha de un desastre. Y se hubiera retirado al coche y hubiera seguido hacia adelante de no haber sido porque al girar la cabeza vio que los cinco amigos seguían asomados al bar e insistían en sus indicaciones, de manera que volverse hubiera sido delatar la mentira o arriesgarse a que al menos uno de ellos lo acompañara. Sólo al perderlos de vista recuperó un poco el ánimo. Esos vecinos tan generosos no lo conocían de nada, ¿qué podrían decir de él? Se compraría también una caja de *rinomicine* y a la vuelta, si continuaban en el mismo sitio, se la enseñaría satisfecho y agradecido.

Llegó a la farmacia enseguida. “Licenciada Pradera de Prado”, rezaba el letrero. Unos apellidos que no eran de la zona, mejor. En el trayecto en solitario las ganas de bronca se habían tornado en una resolución definitiva. Así que miró adentro y, en cuanto se percató de la falta absoluta de clientela, entró sin más trámite. Tampoco la farmacéutica se hallaba en aquel momento tras el mostrador. Se quedó esperando en silencio, mientras ensayaba las palabras con las que iba a realizar su particular pedido: “Una caja de *rinomicine* y otra de preservativos de doce unidades”. Toda su mente estaba concentrada en aquella frase, de manera que al aparecer la farmacéutica y reconocer en ella la

identidad de una residente en Pozoblanco, no pudo pronunciar esas palabras, pero ni otras tampoco. Sólo mucho después, y ya bien colorado, recordó uno de sus mitos infantiles y dijo: “Una caja de pastillitas de regaliz”.

Cuando a la vuelta pasó junto al bar, dos de los parroquianos se asomaron a preguntarle si había dado con la farmacia. Él esbozó una sonrisa tan alegre como un dolor y enseñó la cajita. “Poco me parece para la tranca que lleva usted encima, paisano”, le dijo uno. Y el otro, que parecía más gracioso: “Rece usted un par de jaculatorias antes de metérselas en la boca, que esas medicinas necesitan un empujoncito para que curen”.

Hubiera querido acabar con ellos a base de los tormentos más crueles y, de haberlos encontrado a solas y uno a uno, seguramente se hubiera dado el gusto de dejarse ir y matarlos. Pero no era el caso, y no le quedó otro remedio que salir del trance sin sangre y de la mejor manera posible. Levantó la mano, hizo como que se carcajeaba y siguió adelante.

Al llegar al coche no tenía ganas más que de refugiarse en lo conocido: compraría los preservativos otro día y en otro pueblo. “Tanta prisa no me corre”, se dijo en voz alta para ahuyentar el ahogo que le producía el resentimiento. “Lo importante es que ella me conoce”, se repitió a lo largo del camino con rencor y para vengarse de aquellos que se habían mofado de él en sus propias narices. “Ya quisieran esos tener la suerte que

tengo yo. Viven felices riéndose de cualquier cosa, pero sus estúpidas risas no muestran más que la simpleza de sus espíritus y lo soso de sus vidas”. Porque efectivamente ellos ni tenían una turbulenta existencia intelectual, ni servían para el gobierno de sus pueblos ni eran capaces de sentir la dicha y la congoja de un amor prohibido. “Que se vayan al carajo”, pensó dando por concluido el episodio, con el placer de quien deja con la palabra en la boca a su peor enemigo.

Durante los siguientes días de clase el saludo entre la mujer de la carretera y Manuel se vio incrementado y formalizado: por su parte, tras la complicidad de la charla en El Viso añadió al gesto con la mano una ráfaga de luz a media distancia y una sonrisa cálida en el mismo momento de cruzarse y, por la de ella, se dio siempre cumplida respuesta con un ligero movimiento de los dedos cuya timidez achacó él a la prudencia a que están obligadas las mujeres casadas en sus relaciones con los hombres. En aquel tiempo Manuel conservó la tranquilidad de las relaciones estables. Apenas cogía un punto de nerviosismo las tardes que tenía trabajo, pues esperaba que al terminarlo se presentara su amada para interesarse por la marcha de su hijo.

Transcurridas un par de semanas desde el breve encuentro en la calle y con los primeros brotes de impaciencia asomando por las todavía estrechas fisuras del ánimo, se le ocurrió acelerar los acontecimientos hablando a sus alumnos de la

necesaria relación entre profesores y padres. Para darle mayor efectividad a la charla, cogió aparte a Juan Carlos y le preguntó si se había enterado de la explicación. “Mi papá tiene que venir a hablar con usted”, contestó el niño. A Manuel le gustó el tono imperativo de la frase, pero la corrigió en parte diciéndole: “O tu mamá, ¿vale?”.

Después de aquello, la escuela se le llenó de padres y madres interesándose por sus hijos. Él los recibía con una sonrisa de cartelera y les contestaba a todos con buenas palabras, evasivas aprendidas a lo largo de sus muchos años de docencia y razones como las de los horóscopos, de una ambigüedad tal que encajaban hasta en las vidas más noveleras y peregrinas. “Su hijo es listo”, decía en resumen a unos padres y a otros. “Lo que pasa es que se distrae y no estudia lo suficiente”. O: “Todavía podría hacer más, porque capacidad tiene para ello”. Con lo que dejaba contentos y un punto preocupados a cuantos se acercaban a preguntarle, algo en ambos casos necesario, según las reglas psicológicas que había aprendido de la experiencia.

Para la ocasión principal, y por si venía a pelo exhibirlo, había guardado en un cajón de su mesa un ejemplar del boletín de Pozoblanco donde venía el artículo suyo y, lo más importante, en la guantera del coche, envueltos en papel de periódico y ocultos en una funda de gafas de sol, tenía tres preservativos extraídos de una caja que había comprado en

Córdoba en un viaje circunstancial, suficientes, pensaba él, para los embates amorosos de una primera emergencia.

En los días que siguieron casi todos los padres desfilaron por la escuela. Pero entre los pocos que faltaban estaban los de Juan Carlos. “¿Tu papá no puede venir a verme?”, le dijo un día. “Si no puede porque está trabajando, que venga tu mamá”.

Por fin una tarde se presentaron los dos: el padre y la madre. Lo estaban esperando en la puerta del colegio y él, así al pronto, sólo reparó en la presencia de la mujer de la carretera. “Esta es la mía”, se dijo entonces. Y, sin embargo, notó que lo mismo se le subían los nervios a la boca que se le bajaban a las rodillas, que tenía el cuerpo desmadejado por fuera y tenso por dentro y, en fin, enseguida descubrió sobresaltado que toda la preparación de aquellos días había sido un ejercicio inútil. Hasta tal punto se encontró mal, que al volverse le alegró descubrir al marido.

De hecho, mientras hacía el camino de vuelta, pensó, emocionado por los favorables resultados de la entrevista. De haber ido sola, el encuentro se hubiera limitado a una brevísima charla en el interior del colegio, quizá en presencia de algún compañero, sobre el limitado tema de la marcha escolar de su hijo. Ahora, en cambio, ella podía compararlo con el estúpido de su marido. Frente a frente, en el bar donde por iniciativa propia los

tres se habían parado a tomar un café, había dejado al otro en ridículo ante su mujer con argumentos que, siendo irrefutables, lo parecían más ante las pocas luces con que topaban. Hablar con él de política fue una temeridad por parte del tonto de Benito, que ese nombre era el del marido, pero no lo había sido menos sacarle a él el tema del fútbol, o el de los toros, o el la botánica por ver si en alguno de ellos lo dejaba en evidencia, ya que ocurrió lo contrario, que fue el marido quien acabó, como suele decirse, capado con su propia navaja.

Cualquier mujer hubiera sentido bochorno en aquella situación. Ella no, seguramente por la incapacidad de sentir nada por su marido. En el transcurso de la conversación no habló apenas, pues la razón le impedía defender las tontas ideas de Benito y el sentido de la prudencia criticarlas. Pero a quien miró fue a él. Y lo hizo con el amor que sienten las mujeres por los hombres que admiran. Después de todo, era natural que fuera así: entre las sensibilidades de él y las de su marido no había espacio, sino tiempo: él pisaba con aplomo en el futuro y el otro aún vivía en la época de las cavernas.

En definitiva, la partida estaba ganada. La única cuestión a definir era cuánto tardaría en consumarse el amor que los unía. Si aquella tarde y los días que siguieron esta interrogante le pareció secundaria, por creer que el mañana siempre acaba dando carne y forma a los deseos, pronto empezó a sentirse

impaciente con la ausencia de resultados. Llegó a creer que con el saludo diario la mujer de la carretera le hacía una llamada a la resignación y que el gesto de su mano era tan melancólico como el de una novicia enamorada despidiéndose tras los barrotes definitivos de una clausura.

“La culpa es de su marido, que parece un carcelero medieval”, se dijo. Abundó en esta idea a lo largo de interminables horas de pesar. Imaginó que ella, con esa ingenuidad propia de las buenas personas, le había confesado sus inclinaciones y que el marido, en lugar de intentar su reconquista, se había vuelto medio loco al dejarse llevar por su orgullo de macho silvestre. Seguramente la había amenazado con dejarla y quedarse con los niños, y quizá hasta con matarla, y tal vez hubiese evidenciado la veracidad de esta afirmación dándole una paliza. Que le tenía cercenada la voluntad, era cosa cierta: ¿por qué no había ido a verlo otra vez, al igual que habían hecho con menor motivo algunos padres y madres? ¿Cómo, si no, podía justificarse aquel aire retraído y ausente? ¿Cuáles eran las razones de tanta tristeza, de aquel gesto de derrota y sufrimiento? Los mejores sicólogos del orbe podrían dar cientos de explicaciones, todas razonables, y, sin embargo, todas erróneas. Hay cosas que se saben sin estudios ni ciencias, como que amas a alguien o que alguien te ama. A él le bastaba, por ejemplo, con ver aquellos dedos levantándose del volante para conocer sin yerro el origen de

la desgracia de su dueña. Y ya podían ponerse hechos unos burros todos esos doctores en sicología que decíamos. No hay más realidad que la que se siente. Lo demás son teorías y artificios de los libros, buenos para catedráticos y opositores, pero inútiles para andarse por el mundo.

“El marido, que no quiere ser un cornudo”, se dijo zanjando el asunto. “No tiene entendederas bastantes para comprender que estos no son tiempos de doncellas retenidas, ni de honras mancilladas, ni de maridos burlados, y que las gente se va y se viene siguiendo los dictados del corazón”.

Hubiera sido mejor llegar a una conclusión distinta, como que no lo amaba, o que, amándolo, amaba también a su marido, o que lo amaba pero no quería embarcarse en una aventura por la que debía hacer tantos renunciamentos, pues el saber que entre la felicidad de ambos sólo se interponía la voluntad animal de una tercera persona le hacía bullir la sangre y le predisponía el ánimo para cualquier barbaridad, para matarlo, inclusive. Hubo veces que, tras pensar en la desgracia compartida entre su amada y él, se imaginó un encuentro fortuito con el marido una noche cerrada en las afueras de El Viso. El otro lo reconocía y lo insultaba. Él, conservando la frialdad, le decía las dos verdades de la historia: que era un idiota y que pronto el destino pondría las cosas en su sitio ofreciéndole en alcoba de plata a la que hasta entonces había sido su mujer. “Son cosas del

amor que los animales no entienden”, terminaría. De algún escondite infame el marido sacaría una navaja, en cuya hoja brillaría un momento la escasa luz de la última farola de la calle, delatando sus traidoras intenciones. Él se echaría atrás a tiempo para evitar la muerte, pero no la sangre. “Maldito cabrón”, murmuraría entre dientes, cuando la segunda estocada cercenara el balsámico aire de Los Pedroches. Esta vez no habría brillo, y el acero entraría sin resistencia en las carnes del hombro, deteniéndose sólo ante la firmeza del hueso. “Mala puntería, amigo”, le diría con más odio que dolor, sin angustia. Y como el coraje y la fuerza no es monopolio de las bestias, apretaría los dientes, fijaría los pies en el suelo y, tenso tanto o más el ánimo que la musculatura, le lanzaría la mirada desafiante de quienes se saben ganadores. Ahí se acabaría la vida del agresor, aunque siguiera moviéndose y respirando y aún tirara dentelladas al viento con su navaja, porque cuando el milano fija la vista en su presa, la suerte de la batalla está echada.

A puñetazos, que las manos son las armas de los héroes, le llegaría su hora. Tras un golpe definitivo en el pecho, exhalaría un suspiro bronco y el alma le saldría por la boca arrastrando un vómito de sangre. Ya podía venir doña Carmen María García con su hermano Jesús y con todos sus amigos médicos, ya todos los médicos del centro de salud de Pozoblanco y del hospital Comarcal Valle de los Pedroches juntos, que,

tornándose veterinarios, no iban sino a certificar la muerte de un cerdo. “Hasta nunca, cabrón”, diría al verlo hiriendo con su inmunda presencia la dignidad del polvo del camino.

“Lo he matado de una paliza”, le confesaría a la mujer de la carretera. Ella no respondería con un favor inmediato, porque al fin y al cabo el muerto era el padre de sus hijos y algún recuerdo grato conservaría de él, aunque fuera pequeño y lejano, pero le haría la primera cura, y aquella noche la pasaría escondido en su casa. “Nadie sabrá nunca que fuiste tú. Tenía tantos enemigos, que pudo ser cualquiera de ellos”, le diría. Ante la fortaleza física del difunto, y a la vista de la forma en que se había producido el crimen, la policía creería que los asesinos habrían sido varios, quizá muchos. Nada, un crimen más sin resolver, tampoco el muerto se merecía mayor trabajo, y más campando por ahí criminales de ancianos y jovencitas.

Eran libres. Bueno, quedaría Justina, pero no importaba: ante lo impetuoso de las circunstancias, no le preocuparía mucho dejarla. Tampoco a ella: llega un momento en la vida de algunas mujeres en que lo único crucial es el afecto de su madre y de sus hijos. Pues bueno. Y si se ponía tonta, se le daba idéntico fin que a Benito y en paz. Quizá eso fuera lo suyo. Libres de gabarros por fin, la mujer de la carretera y él podían cumplir con el destino y amarse. Primero, en secreto, para evitar sospechas sobre el crimen o los crímenes, y, luego, a plena luz del

día. Está claro que el futuro es para quien se lo merece.

Aquellas imaginaciones le ayudaban a soportar el peso de la ausencia. Aunque nunca había abandonado la realidad, las creía verosímiles en el futuro: podía ocurrir, por ejemplo, que la mujer le confesara a su marido su amor por otro hombre, o que se enterara él mismo al verla tan decaída de ánimo. También era posible que el marido y él se encontraran en cualquier local concurrido o en una calle del centro, y que, para evitar escándalos, acordaran verse a solas para solucionar amigablemente la competencia, o, más raramente, para solucionarlo de primeras por la tremenda. Y no era imposible, por último, que, ya puestos a discutir en un lugar apartado, empezaran a hablar de buenas maneras y fueran progresivamente subiendo el tono hasta llegar a las manos, y que Benito sacara luego una navaja y lo amenazara. En ese caso, estaba claro que él no se acobardaría, actitud que pondría al otro entre la espada y la pared, pues las amenazas tienen el defecto de ser irreversibles, de forma que una vez emitidas no puede el amenazador volverse atrás so pena de quedar como un cagón. Por eso, huyendo hacia adelante, el cobarde aprovecharía el menor descuido suyo para atacarlo. Peor para él: allí mismo quedaría muerto. Y parecería cosa de novela, pero si ella quedaba viuda, lo natural, amándose, era acabar unidos, viviendo bajo el mismo techo y durmiendo en la misma cama.

Si todo cuanto se concibe puede suceder, por

extravagante y remoto que parezca, mucho más podrían suceder aquellas imaginaciones tuyas, tan asentadas sobre pilares de razón. Era cierto que había en ellas más deseos que realidades, como el de que con sus propias manos pudiera matar a un hombre más fuerte que él y armado de una navaja (¿no era la conciencia de esta limitación prueba suficiente de lucidez?), pero nadie había hablado de que los acontecimientos sucedieran exactamente de una forma determinada. Digamos que la secuencia normal sería: descubrimiento por el marido del amor de su mujer, intento del marido de alejar al amante, enfrentamiento entre el marido y el amante y, por último, y como consecuencia de lo anterior, muerte del marido o del amante. Estaba claro que si quería dejarse llevar por las imaginaciones e intentaba defenderse solamente con las manos, el otro lo mataría.

Por eso, para el caso de que se vieran cara a cara la vida del marido y la suya, o la muerte de ambos, según se mirase, compró una navaja de hoja estrecha y larga para llevarla siempre encima, y de vez en cuando se tentaba en el bolsillo e imaginaba el instante supremo en que el acero entraba en el pecho del marido y le partía el corazón. Entonces, sentía realmente el escalofrío de la muerte como un regustillo amargo al que le fue cogiendo afición poco a poco.

Por ser sus imaginaciones más fácilmente realizables en El Viso, era allí donde más atento estaba a cualquier

acontecimiento, donde más veces se echaba mano al bolsillo y donde el escalofrío se volvía un estremecimiento casi permanente. Para darle más juego al destino, empezó a tomarse un café por la tarde y una cerveza por el mediodía en algunos bares alejados de la escuela, y fuera al sitio que fuera, dejaba el coche lejos para andar más por el pueblo y aumentar las posibilidades de toparse con su enemigo, sobre quien pronto no tuvo claro si necesitaba una provocación para matarlo en legítima defensa o si su mera existencia constituía una aberración infame que convenía corregir, como si al eliminarlo él sólo fuera la mano ejecutora de un divino plan de asepsia. Si eso era así, no hacía falta exponerse a una estocada: se le mataba directamente y en paz.

Mientras rondaba la casa, con frecuencia creyó hallarse con fuerzas suficientes para, llegado el momento, sacar la navaja y dejarlo muerto sin darle opción ni a volver la cara. ¿Sería en ese caso un asesino?: no, desde luego, se decía, pues hay muchas doctrinas que admiten la muerte del tirano. ¿Sería una forma cobarde de matarlo?: tampoco, pues la cobardía es sojuzgar a una mujer, impedirle realizarse como persona y como hembra y tenerla amarrada a uno abusando para ello de la fuerza. Cobardía es, también, cerrar los ojos ante las situaciones injustas, dejar que otros solucionen los problemas por nosotros y vivir cerrados en nuestra comodidad como si nada pasara a nuestro alrededor. No matarlo, eso sí sería una cobardía.

Las tardes que no tenía escuela se iba hasta El Viso. Aparcaba a cierta distancia de la casa de la mujer y pasaba varias horas vigilando su puerta, sin encender la radio ni más entretenimiento que la fuerza devoradora de la imaginación. Durante los días que estuvo así, ella salió varias veces, cogió el coche y se fue, pero él se quedó de plantón esperando la llegada del marido. Cuando empezaba a anochecer, no obstante, arrancaba y se volvía a Pozoblanco. “¿Dónde estará esa mala bestia?”, se decía, a sabiendas de que Benito era ganadero y se vendría a su casa con el sol puesto. Porque, en el fondo, y sin querer admitirlo, temía que el marido acabase siendo el verdugo y él quien sintiera el escalofrío de la muerte.

Pasaron semanas, y hasta meses de una calma hostil. La época del año había alargado las horas de luz y, en consecuencia, la vigilancia se había vuelto pesada. La lentitud de los acontecimientos parecía desmentir, además, la fuerza devastadora del destino. En su mente comenzaban a aflorar algunas sombras de duda, todavía no conscientes.

Sobre las seis de una de aquellas largas tardes de abril, la mujer de la carretera salió de su casa. Sin un propósito definido, casi sin decidirlo, Manuel arrancó el coche y siguió al seat Toledo. Enseguida abandonaron El Viso por la carretera de Pozoblanco. Él, siempre a bastante distancia, hizo todo el camino sin percatarse de sus pensamientos, y sólo recuperó el pulso de los hechos

cuando se vio parado inmediatamente detrás de ella en el semáforo de la calle San Gregorio. Entonces, para que no lo reconociera por el retrovisor, agachó la cabeza, haciendo como que tenía problemas con la radio. Ambos tiraron luego hacia la izquierda, avenida Villanueva de Córdoba arriba y, pasada la tienda de los Llergos, torcieron a la derecha para coger la calle Santa Ana, por la que siguieron despacio hasta su término. La mujer aparcó en la plazoleta del Risquillo. Él la vio bajarse y cerrar el coche desde la esquina de la calle Hermanas Moreno Pozuelo. Al descubrir que tomaba las escaleritas en dirección a la calle Mayor, aparcó allí mismo y corrió tras ella. “Si la pierdo en la bullanga de los comercios, me va a ser difícil encontrarla”, se dijo, imbuido por la urgencia de las situaciones definitivas. Pero al doblar la esquina de la costanilla del Risquillo la vio mirando el escaparate de los Cardadores y, para no llamar su atención, debió pararse y hacer como que leía el monitor informativo de la asesoría de Miguel Castilla. Cuando la mujer dobló la esquina de la calle Mayor, arrancó él a andar. Muchos transeúntes lo saludaron, incluso hubo uno más allegado que llegó a pararse, pero todos sus sentidos estaban en otro asunto y no correspondió a nadie ni con una palabra ni con un gesto. “¿Adónde irá?”, se preguntó al ver que abandonaba las calles más céntricas. Ahora que se veía poca gente, le dieron ganas de acelerar el paso y alcanzarla para darle explicaciones y pedirle que conservara

intactas las esperanzas de vivir juntos. Por timidez, o quizá porque el amor cedía paso a la curiosidad, en lugar de hacerlo, se retrasó para no ser descubierto.

La mujer entró pronto en un pequeño bloque de tres alturas. Era un edificio antiguo, sin portero automático ni ascensor, y Manuel llegó a tiempo para oír el sonido de una puerta cerrándose muy arriba. Ya que había llegado hasta allí, la tentación natural parecía subir a indagar un poco. Lo hizo, despacio y presto a correr escaleras abajo al menor ruido o la menor sospecha. En la última planta, como en las demás, había dos puertas a cada lado del descansillo. En una, la de la derecha, la placa tenía un nombre masculino y otro femenino, en la otra, el de un hombre. Ninguno de ellos le dijo nada. No sabía qué hacer: ¿bajaba y la esperaba afuera o se iba? Mientras se decidía se percató de que las escaleras continuaban hacia arriba. También podía esperarla sentado en un escalón, sin que lo viera, pues de planta a planta, y para la azotea pasaba lo mismo, las escaleras estaban partidas en dos tramos de sentidos opuestos. Sólo porque parecía lo más cómodo, subió y se sentó a esperarla.

Nunca pensó que aguantara tanto tiempo, pero lo hizo: casi dos horas debió esperar antes de que el ruido de una puerta lo hiciera levantarse. Aguardó apenas un momento y, a continuación, bajó con mucho cuidado algunos peldaños y asomó la cabeza lo suficiente como para descubrir las piernas de la mujer de la

carretera, que salía del piso de la izquierda. Detrás de ella aparecieron los pies de un hombre. Después los pies de ambos se pusieron frente a frente. Manuel bajó con una prudencia de gato otro peldaño y paulatinamente fue apuntando más alto con su mirada. Cuando vio que tenían los muslos pegados, se paró un instante y pensó que estaba despidiéndose con un fuerte abrazo de un ser querido, quizá de su padre, quizá de un hermano. De todas formas, le extrañó que no hablaran. Tal vez por eso siguió subiendo la mirada: también tenían unidos los vientres. Si estaban abrazados, era normal. Siguió subiendo: lo que no parecía razonable era ese ir y venir de las manos de él sobre la espalda de ella. Unas manos jóvenes que enseguida bajaron sin dejar de dar vueltas y revueltas hasta las nalgas, donde se abrieron para apretar carnes que, por el trabajo que le costaba dominarlas, parecían todavía más duras de lo que había previsto en sus imaginaciones. Pero todavía subió más, la altura y el tiempo justos para verlos besándose como dos adolescentes a punto de reventar de deseo. Y entonces sí, entonces le vinieron el vértigo, y el sudor frío, y la flojedad.

Ocurre a veces que el tiempo se vuelve de una densidad insoportable. Probablemente no estuvieron besándose más que unos segundos, pero fueron para él como muchas horas de un dolor agudísimo en el pecho, esos dolores que siendo crónicos no son molestia, sino tormento, que te dejan inútil el

cuerpo y la mente mientras duran y se quedan hechos jirones en la memoria, siempre amenazadores. Manuel se quedó sin fuerzas para poder y sin ánimo alguno para querer, como entumecido por fuera y por dentro.

Aun así, la reacción fue explosiva: de repente dio un salto y, llorando, se lanzó escaleras abajo, saltando de dos en dos y de tres en tres los escalones, sin reparar en ningún momento que en la mano llevaba abierta la navaja. Como un ciego enfurecido, no tenía objetivo concreto, sólo impulso. Por eso, de haberla alcanzado, la hubiera matado sin puntería, a base de infinidad de golpes sucesivos. Pero había reaccionado tarde y cuando salió a la calle, jadeando y chorreando lágrimas, sudor y baba, ella estaba lejos, circulaba gente por las aceras y la luz era muy viva, y en ese ambiente es difícil llevar el rencor a sus últimas consecuencias.

Volvió a entrar en el portal, donde estuvo el tiempo imprescindible para recuperar el aliento, guardar la navaja y secarse todas las humedades del rostro. De nuevo en la calle, no sintió más que una vergüenza enorme y la necesidad urgente de buscar refugio en su casa.

“¿Se puede saber qué te ha pasado?”, le dijo Justina, espantada de verlo tan demudado y con el lado derecho de los pantalones manchado de sangre. Él no contestó, ni ella esperaba otra cosa en esas circunstancias. Se quedó en el salón sin saber qué hacer ni dónde mirar, con la mano izquierda apoyada sobre la

mesa camilla, hasta que su mujer lo cogió del brazo y, como quien conduce a un pacífico lelo, lo llevó al cuarto de baño, donde le lavó la cara, que también traía ensangrentada, por ver si le había manado de ahí y para dejarlo presentable. “Estoy hartita”, dijo Justina mientras le bajaba los pantalones. Tampoco en el muslo tenía la herida. “¿Esta sangre es tuya?”, le preguntó entonces. Él seguía sin quejarse ni decir nada. “A mí me va a dar algo”, dijo ella como para sí. Al incorporarse, vio unas gotas rojas en el suelo. Miró de dónde podían venir y descubrió la mano derecha de su marido ensangrentada y cerrada en un puño. “¡Santo Dios bendito”, exclamó al abrísela. Tenía una raja profunda en los dedos índice y corazón y otra paralela y de la misma longitud en la palma. “Es de empuñar la navaja para ajustar unas cuentas. Pero no te preocupes, todavía no he matado a nadie”, dijo Manuel por fin.

Justina explicó en el centro de salud que por culpa de la grasa se le había escurrido el cuchillo sacando lonchas de un jamón de bellota. Aquel día le preguntó montones de veces qué había querido decir con eso del ajuste de cuentas. “Nada”, repitió él. “Cosas mías”. Se lo preguntó casi con igual intensidad a lo largo de la interminable semana que estuvo convaleciente en su casa, sin salir ni para comprar el periódico. Manuel siempre contestó lo mismo. Hasta que una vez, harto de oírla quejarse, le dijo: “Nada, no ha pasado nada. Ni pasará, tampoco. La herida de

la mano no es la única que ha cicatrizado”.

Cuando se incorporó al trabajo, Manuel fue a El Viso pasando por Alcaracejos, no por Añora. Para entonces, había tirado a la basura el cuento inconcluso de la mujer de la carretera. Aunque por cómo siguió mirando a las madres del paseo de la estación y a las mujeres de otros en cualquier momento podía sucumbir a nuevas imaginaciones, lo cierto era que se había librado sin resultados irreparables de aquella otra imaginación a que se ha referido esta historia, eso sí, dejando en su ánimo la huella indeleble de las pasiones extremas.